UNA MUJER DE HACE UN MILLON DE AÑOS

KEITH LUGER

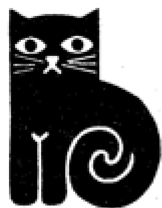


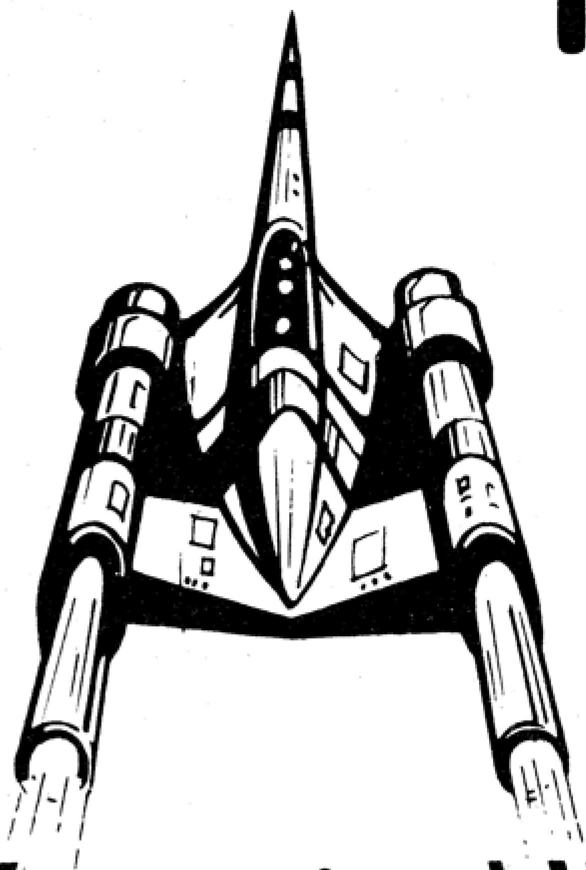
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO


UNA MUJER DE HACE
UN MILLON DE AÑOS
KEITH
LUGER
BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO





La conquista del ESPACIO

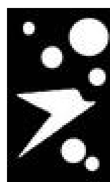
KEITH LUGER

UNA MUJER DE HACE UN MILLON DE AÑOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 76
Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 44.391 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

71 - Cuando se detengan, las estrellas - *Joe Mogar*

72 - La divisoria - *Glenn Parrish*

73 - El sol de los dioses - *Curtís Garland*

74 - Los enemigos de la Tierra, *A. Thorkent*

75 - Vejez de siglos - *Curtís Garland*.

CAPITULO PRIMERO

—Teniente John Mayne llamando a Base Antártida-3.

—Aquí, Antártida-3. Hable, teniente Mayne.

—Cumpliendo la misión encomendada. Estoy volando a unas doscientas millas al noroeste de los montes Gaumond. No hay ninguna novedad.

—¿Alguna foca, teniente?

—No, pero he visto un par de osos. Macho y hembra en pleno romance.

—Tomaremos nota.

—Continúo la misión. Corto.

—Buena suerte, teniente Mayne.

John Mayne volaba en un avión especial fabricado para aquella misión en la Antártida-3. Era un F-333, un avión que reunía las maravillosas facilidades de maniobra de un helicóptero y la rapidez de un caza. Su velocidad de crucero se acercaba a las mil quinientas millas por hora. Pero ahora sólo estaba viajando con un motor. Su velocidad era de trescientas millas.

Bajo él se extendía el manto blanco de las cercanías del Polo Sur y a la derecha las montañas.

El teniente sacó una fotografía del bolsillo. En ella aparecía una joven en bikini. Era Helen Morris.

La conocía. Iba a llegar a la base al día siguiente. Era psiquiatra, una hermosa y bella psiquiatra. Pero había recibido un nombre cuando estuvo en una base del Polo Norte. La llamaban *La Iceberg*.

No, nadie había podido conquistar a Helen Morris. Era una mujer que se mostraba ausente cuando un hombre la invitaba a bailar o a beber un trago. Decían de ella más. Que la doctora Helen Morris se preocupaba más de analizar su pareja. Y que el hombre que la invitaba por primera vez no la volvía a invitar otra. Pero él estaba dispuesto a romper el hielo que rodeaba a aquella mujer.

De pronto, oyó un estruendo y apartó los ojos de la fotografía.

A su derecha, una montaña de hielo se estaba viniendo abajo.

Frunció el ceño. Eso no era corriente en aquella época.

John Mayne tenía veintiocho años y era rubio, de ojos verdes. Su rostro, a decir de las mujeres, era simpático y varonil. Y le hubiese interesado que dijese eso mismo de él la doctora Helen Monis.

Se puso en contacto con la base y ya no dijo su nombre, sino el de su misión.

—Aquí «Rayo Celeste» llamando a la Base Antártida-3.

—Base Antártida-3. Escucho, teniente Mayne.

—Algo anormal está ocurriendo.

—¿A qué se refiere?

—Todo un monte se está viniendo abajo.

—¿Un monte dice?

—Hielo puro, sargento Holmes.

—¿Está seguro?

—Oiga, sargento, lo estoy viendo con mis propios ojos.

—Señale el monte. John consultó el mapa.

—Es la cota marcada con el número 1.302.

—Ya la tengo, teniente.

—Pues si la viese ahora se asombraría. Se está derritiendo como si fuese mantequilla.

—¿Derritiendo?

—Y al llegar abajo se está produciendo una ebullición.

—No puede ser.

—Sí, sargento. Veo humo. Voy a acercarme.

—Teniente, tenga cuidado.

—Allá voy, sargento.

John cortó el contacto con la Base Antártida-3 e hizo mover el

timón hacia abajo del F-333.

El avión se sumergió en el espacio, hacia los montes, apartándose de la sabana blanca.

John enfiló hacia la cota que se estaba desmoronando.

Sí, sus cálculos habían sido exactos. Era la cota 1.302. Ahora que se había acercado, y a pesar de encontrarse en la cabina, el estruendo aumentaba y abajo se producía un auténtico deshielo. Nubes de humo ascendían impidiéndole ver lo que estaba pasando en las faldas de la montaña.

Dio una pasada y vio que toneladas de hielo se desmoronaban.

Regresó inmediatamente y vio lo mismo. Rocas y rocas de hielo que eran partidas como por un cuchillo gigante, y al llegar al fondo, los bloques de hielo se ponían en ebullición, y era eso lo que producía las nubes que ya llegaban hasta la mitad del monte y seguían ascendiendo.

—«Rayo Celeste» llamando a Antártida-3.

—Hable, teniente.

—El fenómeno continúa. La cota 1.302 está desapareciendo.

—Mande imagen.

John puso en marcha los objetivos de televisión. Y gastó una broma.

—Disfrute en la Antártida con canciones y bailes del teniente Mayne. No se pierda la gran obra. «Rayo Celeste», en dos actos, y con osos y focas. Lamentamos no mandar imágenes de mujeres.

—Atención, «Rayo Celeste», estamos recibiendo imagen. Voy a llamar al comandante. No se lo querrá perder.

—Voy a sumergirme en las nubes.

—No lo haga, teniente.

—Tengo curiosidad por saber lo que está pasando.

—Espere órdenes, teniente Mayne.

—Sargento, ¿quién se cree que es? ¿El presidente de Estados Unidos?

—Teniente Mayne, creo que el comandante querrá darle órdenes a este respecto.

—No puedo esperar. Me encargaron una misión y tengo que cumplirla. Allá voy.

—¡Espere, teniente!

Pero John no hizo caso. Llevó el aparato hacia las nubes y se sumergió entre ellas.

Puso en marcha el motor de aterrizaje lento y cortó la ignición del que hasta ahora había usado para impulsar el F-333.

Sólo vio nubes y más nubes. Y seguía descendiendo.

Observó la pantalla del televisor que reproducía la imagen que estaban viendo en la base.

De pronto, la cámara de televisión dejó de funcionar. La pantalla se apagó.

Tocó el botón que ponía en marcha el objetivo de emergencia, pero tampoco funcionó.

—«Rayo Celeste» llamando a Antártida-3.

No le contestaron.

—Aquí «Rayo Celeste» llamando a Antártida-3. Conteste, sargento.

Tampoco oyó respuesta.

El F-333 seguía descendiendo.

Podría estrellarse contra el suelo o contra el agua, si inesperadamente el aparato tomaba contacto.

Puso en marcha el paracaídas superior.

Oyó cómo se producía el estampido.

El paracaídas se abrió en lo alto.

El F-333 disminuyó su velocidad.

Intentó otra vez establecer contacto con la base.

—Aquí «Rayo Celeste» llamando a Antártida-3. Estoy descendiendo entre las nubes que producen la ebullición.

No le respondieron, pero sabía que su voz se estaba grabando en una cinta. Decidió seguir hablando.

—No veo nada. A mi alrededor sólo hay nubes producidas por la ebullición. En la parte inferior deben existir temperaturas superiores a los 100 grados. El hielo se sigue desmoronando. Si continúa a este ritmo, la cota 1.302 dejará de existir en pocos minutos. Sin embargo, las demás cotas no han sufrido los efectos del fenómeno. ¡Un momento! Las nubes se disipan hacia el lado oeste. Me dirijo hacia allí.

Lentamente, el F-333 se fue acercando al lugar donde las nubes habían dejado un hueco. Pudo ver la nieve.

El agua estaba en ebullición.

—Voy a aterrizar —dijo el teniente—Usare los patines. Esta es una emergencia. Mis cámaras de televisión no funcionan. Pero seguiré grabando lo que pueda.

El F-333 se posó en la nieve.

La cota 1.302 se encontraba ahora a un par de millas de él y seguía desmoronándose. Las nubes salían de aquel mar que hervía,

—Voy a salir de la cabina.

John hizo mover techo de la cabina.

Probó a respirar y habló por el micrófono.

—El aire parece no haber sufrido ningún efecto. Puedo respirar perfectamente. Saltaré a tierra. Corto la comunicación cuando son las 17 horas 32 minutos. Volveré a grabar en cuanto haya hecho un examen del punto en que tiene lugar el fenómeno. Corto.

Bajó del aparato y se echó a andar por el hielo.

Se detuvo y agachose para comprobar la dureza del hielo que pisaba. De momento estaba normal. No quería recibir una sorpresa, que el hielo se resquebrajase, porque significaría la muerte para él.

El estruendo iba disminuyendo.

La cota había terminado de desmoronarse y las nubes se disipaban al ir elevándose. El agua dejaba de hervir.

La atmósfera se estaba limpiando de aquel vapor producido por la ebullición.

Usó los prismáticos y observó la cola. Esta apenas existía. Sólo habían quedado trozos como agujas en donde antes había habido millones de toneladas de hielo.

Continúo bajando los prismáticos, enfocando hasta llegar a la base. El agua se internaba por una especie de canal.

No había visto nada en su vida como aquello.

Había prestado seis meses de servicio en la Base Antártida-3 y sus misiones se habían convertido en algo rutinario.

Creyó oír algo.

Una especie de grito.

¿Era un grito?

¿O sería mejor decir una llamada?

Ahora lo oyó más claramente.

—Uhú... Uhú...

Y el eco lo repitió.

—Uhú... Uhú...

Juró que era una voz humana y que venía de aquel pasadizo abierto en la base de la cota 1.302.

Titubeó unos instantes.

¿Volver al avión? Sí, sería lo mejor. Para un día había tenido bastante.

—Uhú... Uhú...

Se detuvo. Una fuerza misteriosa se estaba apoderando de él.

Oh, no, eso no podía ser. Era su imaginación.

Sonrió recordando lo que había leído en *La Odisea*. ¿No había ciertos lugares en que las sirenas atraían con sus cantos? ¿Y los marineros no eran impulsados por aquellos cantos hasta un lugar donde les esperaba el naufragio y la muerte?

¡Qué tontería!

Continuó andando hacia el F-333.

—Uhú... Uhú...

Se detuvo otra vez.

Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Trató de mover una pierna, pero no pudo. Una fuerza se lo impedía.

«Vamos, John. Todo esto lo estás soñando. No existe nadie aquí. Lo sabes perfectamente. No hay un ser humano en mil millas a la redonda. Sólo algunos animales, osos, focas... Pero ninguno de ellos puede producir ese sonido. John, olvídate de eso, olvídalo. Sólo te separan treinta yardas del F-333. Sigue caminando hacia tu aparato. Enciérrate en la cabina y empieza a volar. Muy pronto estarás de regreso en la Antártida-3. Y podrás informar de lo que has visto aquí.»

—Uhú... Uhú...

Se volvió. No quería hacerlo, pero se volvió.

Y entonces vio algo que lo dejó asombrado.

A una mujer. Era muy esbelta, de rostro bellísimo y cabello negro. Se cubría con una túnica. Sus ojos eran verdes, grandes y hermosos, rasgados. Y ella caminaba hacia él lentamente.

CAPITULO II

El teniente John Mayne estaba como pegado al suelo.

La mujer seguía avanzando hacia él. La distancia que los separaba iba disminuyendo poco a poco. Y John no podía apartar los ojos de aquella figura tan maravillosa. No, nunca había visto una mujer tan seductora, tan atractiva.

Ella se detuvo a dos pasos de él.

—¿Quién es usted? —preguntó el teniente Mayne.

—Una mujer.

—Eso ya lo sé.

—Una mujer de hace un millón de años.

—¿Cómo dice?

—Nací hace mucho tiempo. He estado esperando durante siglos el día que otra vez volviese a la vida. Y hoy he vuelto.

—Pero esto es absurdo. Usted habla mi idioma.

—No, no lo hablo. Mi voz es controlada de forma que tú me puedas entender. Mis sonidos son transformados en tu idioma.

—¿Has salido de la montaña?

—Sí.

—¿Quién hay más contigo?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—Tengo que comunicar con la base.

—No podrás informar nada.

—Tengo que hacerlo.

—No, teniente Mayne.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí, controlé tu llamada.

John se apretó las sienes con las manos. Y otra vez cerró los ojos.

«Todo esto lo estás soñando, John. Nada está ocurriendo. Tu imaginación te está jugando una mala pasada. Siempre te han gustado las fantasías y ahora tu mente está creando una escena que no tiene realidad. Ella no está aquí. Tú estás en el avión. O quizá estás en la cama soñando. Eso debe ser, John. Estás soñando.»

Oyó una voz.

—Vendrás conmigo, John.

Abrió los ojos y la vio a ella, tan hermosa como la había visto antes.

—No podré ir contigo. Debo comunicar con la base.

—Te he dicho antes que no vas a informar a la base.

—¿Por qué no?

—Porque yo te lo ordeno. Me acompañarás.

—¿Adonde?

—Al interior de la montaña.

—¿Para qué?

—Te haré muy feliz. Conmigo encontrarás toda la dicha. No echarás de menos a nadie. Ni a tus amigos ni a las mujeres de tu mundo.

—Pero, ¿qué mundo es el tuyo?

—Te lo mostraré.

—No quiero ir.

Ella dio dos pasos. Y ya estuvo al lado de él.

—Tienes que venir conmigo, John.

—No.

John se volvió para dirigirse hacia el F-333, pero sus piernas no le obedecieron.

—¿Qué me pasa? Estoy como paralizado.

—No te puedes mover.

—¿Por qué?

—Yo te controlo.

—Es absurdo.

John la miró otra vez.

—Pero, ¿quién eres?

—Ya te lo dije. Una mujer de hace un millón de años.

—¡Tengo que regresar con los míos! ¡Tengo que volver!

—No, teniente Mayne. Estarás a mi lado.

—¡No quiero!

—Me vas a querer en cuanto mis labios té besen.

John vio cómo la cara femenina se acercaba a la suya.

Observó los rojos labios de ella entreabiertos, húmedos, y quiso besarlos.

Y por ello fue él quien se inclinó sobre la extraña mujer y la besó en la boca.

Y luego la mujer que había salido del agujero de la montaña se apartó de él.

—Ya puedes andar, John.

—No, no puedo.

—Te ordeno que andes y que me sigas.

Ella empezó a alejarse y entonces John hizo un esfuerzo. Movió una pierna y luego la otra, y fue tras de ella.

* * *

—El teniente Mayne no contesta, comandante Carson —dijo el sargento Holmes.

El jefe de la Base de la Antártida-3, Richard Carson, observó la pantalla de televisión que debía emitir la imagen tomada por el F-333 que pilotaba el teniente John Mayne.

—Déme ese micrófono, sargento.

Holmes se lo dio.

—¡Atención, «Rayo Celeste»! Aquí el comandante Carson de la Base Antártida-3. Espero su informe, teniente. Estoy a la escucha. Hable.

Pero no se oyó nada.

El sargento Holmes dio un suspiro.

—Lo estoy intentando desde hace media hora, comandante Carson.

—¿Y dice que la última imagen fueron las nubes?

—Sí.

—¿Qué clase de nubes?

—Se las pasaré, comandante. Pantalla número 4.

Carson miró una de las pantallas que había en la pared.

El sargento Holmes tocó varios botones. Y en seguida se proyectó la imagen que había sido registrada.

Efectivamente, se veían nubes y luego se oyó la voz del teniente Mayne.

—Voy a sumergirme entre las nubes.

—No lo hará, teniente —le respondía el sargento.

—Tengo curiosidad por saber lo que está pasando abajo.

—¡Espere órdenes, teniente Mayne!

En la pantalla sólo se veían algunas nubes. Sólo eso. Nubes.

—Sargento, ¿quién se cree que es? ¿El presidente de Estados Unidos?

—Teniente Mayne, creo que el comandante querrá darle órdenes a este respecto.

—No puedo esperar. Me encargaron una misión y tengo que cumplirla. Allá voy.

—¡Espere, teniente!

Se vio claramente cómo el aparato penetraba en las nubes. Se interrumpió la imagen y sólo se oyó la voz del sargento Holmes.

—¡Teniente, Mayne! ¡No siga adelante! Retroceda. Teniente Mayne, ¿me oye? ¡Aquí la Base Antártida-3 llamando a «Rayo Celeste»!

El comandante dejó de mirar la pantalla.

—Eso fue todo, comandante —dijo el sargento—. En ese momento dejé de recibir imagen y sonido.

—Puede haberse estrellado.

—Es lo que me temo.

—Continúe a la escucha, sargento.

—Sí, comandante.

El jefe de la base salió de la sala de control.

Fue directamente al despacho del capitán Alex Palmer, al que encontró besando a su secretaria.

—¡Capitán Palmer!

A indicación del comandante, la secretaria abandonó el despacho.

—¿No se enteró todavía de lo que le pasó al teniente John Mayne?

—El sargento me llamó por teléfono para informarme. Pero no debe preocuparse.

—¿Y quién se tiene que preocupar? —contestó Carson, con sarcasmo.

—El teniente Mayne sabe bien lo que se hace. Fue el número uno de su promoción y es un as de la acrobacia. Sabe perfectamente lo que es un F-333.

—Todo eso no me sirve, capitán Palmer. John Mayne estaba cumpliendo una misión rutinaria y, de pronto, la cota 1.302 empezó a desmoronarse y se produjo un deshielo. El agua llegó al punto de ebullición.

Alex Palmer dio un suspiro.

—Comandante, sabe que los rusos están haciendo experimentos por esa zona. Nos hemos encontrado con ellos en seis ocasiones. Los

chinos también están compitiendo con nosotros.

—No le he pedido un parte de las relaciones públicas de la Base Antártida-3, capitán Palmer. Usted tiene la responsabilidad de la escuadrilla a la que pertenece el teniente Mayne. Y por eso le estoy dando instrucciones oportunas respecto al teniente Mayne. Quiero que vaya a la zona donde se ha producido su desaparición.

—¿Ahora, comandante?

—¡Ahora!

—Tengo que dar la bienvenida a la doctora Helen Morris.

—No se preocupe. Yo ocuparé su puesto en la recepción.

—Corno usted quiera, comandante.

El capitán Palmer se levantó. Medía uno ochenta, pesaba ochenta kilos y tenía la tez bronceada, los ojos azules.

Era un gran militar, un especialista en los F-333. Pero tenía un defecto, a juicio del comandante Carson. Era un mujeriego, un tipo que había sufrido tres arrestos por sus aventuras femeninas. Y naturalmente, en los tres casos, ellas habían formado parte de la dotación de las bases en que estaba prestando sus servicios.

Minutos más tarde, el capitán Palmer se encontraba en la sala de pilotos, listo para cambiar su vestimenta.

El soldado Morley le ayudó.

—Capitán, ¿no vio a la psiquiatra que está por llegar? —le enseñó una fotografía.

Helen Morris se cubría con un bikini.

El capitán atrapó la fotografía.

—Nunca la había visto como aquí, en su jugo.

—Hicieron una tirada especial de fotos para los miembros de la base. ¿Qué me dice de la doctora?

—Sólo se me ocurre una cosa.

—¿El qué, capitán?

Palmer encanutó los labios y lanzó un silbido.

Morley se echó a reír.

En aquel momento se oyó una voz.

Los dos miraron hacia la puerta y quedaron perplejos. Allí estaba la mujer de la que hablaban. Pero no llevaba bikini, sino uniforme de capitán de los servicios especiales. Camisa caqui, falda azul y una gorrita con tres galones.

Morley dijo por lo bajo:

—Creo que metimos la pata, capitán.

Alex no perdió su serenidad. Esbozó una sonrisa y dijo:

—Bien venida, capitán Morris.

Ella no le contestó. Se dirigió al soldado.

—¿Quiere hacer el favor de salir?

—Sí, señora... Digo, sí, señorita... Digo, sí, capitán Morrison.

El soldado se apresuró a marcharse.

Cuando Helen Morris hubo quedado a solas con Alex, ella echó a andar hacia él.

—¿Sólo se le ocurre silbar, capitán Palmer?

—¡Es que usted me gusta!

—Yo. Le gusta algo más. Está obsesionado con una idea fija: la mujer. ¡Por favor, no me replique! Tengo informes de todo el personal de esta base.

—¡Qué bien!

—Y como es natural, los tengo de usted, capitán Palmer.

—¡Cuánto lo celebro!

—He leído atentamente las páginas de su *dossier*.

—¿Encontró algo interesante?

—Todo es interesante en usted, señor Palmer.

—Tengo que realizar ahora un servicio, capitán Morris. Pero la invito a cenar esta noche. Entonces usted y yo podremos hablar de mi *dossier*.

—No aceptaré esa cena.

—Oiga, capitán Morris. Yo soy un tipo con muchos complejos.

—Sólo tiene uno.

—¿Y no cree que me debe curar?

—Lo curaré, capitán Palmer.

—¿Por qué no empieza esta noche?

—Lo espero mañana a las diez, en mi consulta.

—¿Estaremos solos?

—Le prometo que estaremos solos.

—Ya estoy deseando que llegue mañana, capitán Morris.

—Y yo también, capitán Palmer. Se lo aseguro.

La joven dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

Palmer siguió el movimiento de las caderas femeninas.

Ella, como si sintiese aquella mirada, se detuvo ante la puerta, volvió la cabeza y dijo:

—Por favor, señor Palmer. No pegue mi fotografía en su avión. No me gustaría que se estrellase.

Helen Morris salió.

Palmer miró la fotografía de Helen Morris en bikini y sonrió. Pero no se la llevó. La deja en su armario.

CAPITULO III

Alex Palmer estaba volando con el F-333 hacia la zona en donde John Mayne había desaparecido.

—Capitán Palmer llamando a la Base Antártida-3.

—Adelante, capitán Palmer —le contestó el sargento Holmes.

—Vuelo normal.

En seguida oyó la voz del comandante:

—Capitán, aquí Carson. Quiero que tome todas las precauciones.

—Desde luego, señor.

—No quiero que cometa los mismos errores que el teniente Mayne.

—Perdón, comandante; pero todavía no se sabe si Mayne cometió un error.

—¡Obedezca mis órdenes, capitán!

—Sí, señor.

—Según el radar, debe estar muy próximo a la zona. ¿Ve usted la cota 1.302?

—Veo varios montes. Espere, consultaré el mapa. Comprobada. Cota 1.228... Cota 1.190... Cota 1.302.

—¿Ve la cota 1.302?

—No, señor Carson. No la veo. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí.

—Eso coincide con la información de Mayne. ¿Qué hay en su lugar?

—Veo agua, señor.

—¿Agua?

—Una especie de canal que se pierde en las montañas.

—Trate de descubrir el F-333 del teniente Mayne. ¡Mande imagen!

—Sí, señor.

Palmer puso en marcha la cámara. En la base, gracias a la pantalla de televisión, podían rastrear mejor el lugar donde supuestamente había desaparecido el teniente John Mayne.

De pronto, descubrió el avión.

—Atención, base. Ahí está el F-333.

—Lo estamos viendo —le contestó Carson.

Palmer dio una pasada por encima del F-333 que estaba inmóvil, en la nieve.

—No veo al teniente Mayne, comandante.

—Nosotros tampoco. Vuelva.

Palmer hizo subir su F-333 y giró vertiginosamente.

—¿Qué hace, capitán? ¡No está realizando unos ejercicios acrobáticos para ganar un premio!

—Lo siento, señor. Creí que tendría prisa por ver el aparato de John Mayne.

—Tengo prisa. Pero no quiero que usted se estrelle y me obligue a enviar a otro piloto.

Palmer se estaba dirigiendo otra vez hacia el lugar en que se hallaba el avión localizado.

—Desciendo, señor.

—No descienda demasiado… Apague el motor C. H.

—A la orden, comandante. Motor C.H. apagado.

—Quiero un vuelo lento.

—Si, señor.

—Paracaídas de popa.

—Soltado paracaídas de popa.

—Enfoque la cámara del ala de estribor.

—Listo, señor.

Palmer no veía al teniente Mayne. No, no estaba en el aparato, ni tampoco en los alrededores. Su F-333 había disminuido en lo posible la velocidad.

—¡Ve algo, comandante?

—Nada.

—¡Ahí está, señor! ¡Ya veo al teniente Mayne! ¡Ha aparecido por detrás de un montículo!

—¡Lo vemos también! Y parece andar normalmente. Aterrice, Palmer. Use los patines.

—Sí, comandante Carson.

Palmer tomó tierra sin dificultades, a unas cincuenta yardas del otro F-333.

Saltó de la cabina rápidamente y se dirigió hacia John, que venía a su encuentro.

—Hola, capitán Palmer.

—¿Qué le pasó, teniente Mayne?

—Una avería en el motor de vuelo vertical.

—Le echaré una mano.

—No hace falta. Yo mismo lo solucioné.

—¿Puede despegar?

—Desde luego, capitán.

—¿Por qué no informó a la base?

—Ah, se me olvidó decirle que también tengo averiadas mis líneas de comunicación.

—¿Qué le pasa en los labios, teniente?

—¿Mis labios, capitán Palmer?

—Tienen un color verdoso.

—Creí ver algo extraño.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe que la cota se vino abajo… El agua empezó a hervir. Me sumergí en las nubes y entonces sufrí la avería. Perdí el contacto con la base. No tuve más remedio que aterrizar en el lugar donde se encuentra ahora mi F-333. Luego vi algo que se movía junto a aquella montaña de hielo, de donde me vio aparecer.

—¿Y qué era?

Mayne rió.

—Un oso… Casi nos hicimos amigos.

—Todavía no me ha explicado a qué se debe el color verde de sus labios.

Mayne se frotó la boca con el dorso de la mano,

—Se me ocurrió beber agua. Debe estar contaminada con algo.

—¿Se encuentra bien?

—Desde luego.

—En cuanto lleguemos a la base, tendrá que pasar por la enfermería. ¿Está preparado para iniciar el vuelo?

—Cuando usted quiera, capitán.

Palmer se dirigió hacia su F-333. No había quedado muy conforme con las respuestas de Mayne. Notaba algo extraño en el teniente. Pero quizá eso fuese debido al agua que bebió. Se detuvo unos instantes y observó el canal de agua que conducía al interior de las montañas de hielo.

—Teniente Mayne.

John se volvió cuando iba a subir a la cabina de su F-333.

—Diga, capitán.

—¿Qué conclusión sacó con respecto al fenómeno?

—Creo que es sencillo, capitán. Los rusos o los chinos debieron explotar un artefacto.

—Salgamos de aquí cuanto antes. Sus labios verdosos pueden significar contaminación. En cuanto llegue a la base, tendrá que pasar por el contador de radiactividad.

—Sí, capitán.

El teniente Mayne subió a la cabina y luego lo hizo Palmer.

—Comandante Carson, ¿está ahí? —dijo el capitán por el micro.

—Aquí Base Antártida-3. Comandante Carson.

—Informo. El teniente Mayne se encuentra bien. Sufrió una avería que fue reparada por él mismo.

—Muy bien, capitán. Vuelvan.

El capitán se puso en contacto con Mayne.

—Voy a despegar, teniente. Sígame.

—A la orden.

* * *

El comandante Carson estaba preocupado.

Había puesto en marcha a todo el personal científico de la base.

Quería saber a qué se debía la desaparición de la cota 1.302.

El doctor Reilly, un geólogo, estaba dando su informe. Tenía cincuenta años y era barbudo, de nariz aguileña.

—Ordené que examinasen el traje del teniente Mayne, comandante. Y he notado algo extraño.

—¿A qué se refiere, doctor Reilly?

—En el traje quedaron adheridas ciertas sustancias. Todas fueron localizadas menos una.

—¿Cuál es la explicación?

—Lo ignoro, señor. Estamos haciendo pruebas de laboratorio y son muy difíciles. El espectro de esa sustancia es absolutamente nueva para nosotros, He pensado ir yo mismo mañana al lugar donde se ubicaba la cota 1.302 para recoger muestras. Las necesitamos para que podamos trabajar con más precisión en el laboratorio.

—¿No cabe suponer que los rusos o los chinos hicieron explotar un

artefacto?

—No, comandante Carson. No hubo ninguna explosión termonuclear.

—¿Me va a decir que una montaña se desmoronó sin que interviniese ningún factor humano? ¿No ha visto la película? El agua estaba en ebullición. Y que me maten si eso fue producido por causas naturales.

—No, comandante Carson, no fue producido por causas naturales.

—¿Entonces?

—Es lo que me tiene desconcertado. De momento, no tengo ninguna respuesta científica que darle. Y no me gustaría decir lo que pienso.

—Dígalo.

—Prefiero callarlo.

—Es una orden, doctor Reilly. Dígalo.

—Esa explosión fue producida por seres humanos. El artefacto no tiene ninguna equivalencia con los que conocemos. No fue una bomba del tipo convencional. Tampoco fue una bomba atómica, ni de hidrógeno.

—¿Qué fue, entonces?

—Ese artefacto pertenece a unos seres desconocidos.

—¿Seres desconocidos, doctor Reilly?

—Sí.

Carson sonrió.

—Doctor Reilly. ¿supone que la Tierra ha sido invadida por seres de otra galaxia que buscaron refugio en la Antártida?

—Ya le he dicho que no estoy preparado para contestar.

—¿Y cuándo lo estará?

—Mañana recogeré las pruebas y podremos hacer un examen más completo. No puedo agregarle más por ahora.

—Está bien. Váyase.

El doctor Reilly se despidió del comandante Carson. Este, en seguida apretó un botón.

—Señorita Banyon, quiero que la doctora Helen Morris se presente inmediatamente en mi despacho.

Carson encendió un cigarrillo, se dirigió a un archivo y sacó un expediente, el que correspondía al doctor Reilly.

Poco después, entró la hermosa joven que había llegado aquel mismo día a la base.

—Perdone que interrumpa su descanso, doctora Morris. Le dije que hablaríamos mañana, pero ha surgido algo inesperado.

—No se preocupe, comandante. No descansaba. Examinaba los expedientes de los hombres de la base.

Carson esbozó una sonrisa.

—¿Llegó al del doctor Reilly?

—Sí, lo estudié durante media hora.

—¿Llamó algo su atención?

—Desde un punto de vista de sanidad mental, el doctor Reilly ofrece unas características bien definidas.

—Hábleme de esas características.

—Hace seis años sostuvo en un Congreso del Espacio que en la Tierra había seres extraños… No pudo determinar la procedencia de esos seres extraños, ni en qué lugar podían encontrarse. Su teoría se basaba simplemente en que en la Tierra ha habido más de una civilización. Según el doctor Reilly, es muy posible que en la Tierra hayan existido cuatro civilizaciones, cada una de las cuales abarcaría una existencia de 100.000 años o puede que más. Según el doctor Reilly, cada una de esas civilizaciones se extinguió al producirse una catástrofe a nivel termonuclear. Pero quizá una de esas civilizaciones contó con medios para subsistir. Naturalmente, el doctor Reilly se refiere a ciertos individuos de esa civilización.

—Celebro que esté informada al respecto.

—El doctor Reilly encontró muy poco apoyo en el Congreso del Espacio. Fue objeto de sarcasmos y hasta de burlas. No pudo resistirlo y, al cabo de unos meses cuando se encontraba en una base africana,

en medio de la noche, salió de su *bungalow* gritando que extraños seres se disponían a apoderarse de la Tierra. Fue atrapado, conducido a un sanatorio psiquiátrico, y sometido a tratamiento. Al cabo de un año, fue considerado apto para el servicio.

—Y enviado aquí.

—Me gustará conocer al doctor Reilly.

—Doctora, Reilly lo ha vuelto a hacer.

—¿Qué quiere decir?

—¿Está enterada de lo que pasó con la cota 1.302?

—Me han puesto al corriente.

—El doctor Reilly me ha asegurado que la cota 1.302 fue destruida por seres desconocidos.

Helen Morris guardó silencio.

El comandante jugueteó con el expediente.

—Bien, doctora, ¿qué opina con respecto a Reilly?

—Examinaré al doctor Reilly mañana y le daré un informe.

—Gracias.

—Y también le presentaré un informe con respecto al capitán Palmer.

El comandante Carson dio un suspiro.

—¿También el capitán Palmer piensa en seres desconocidos?

—No, comandante. Eso es lo malo. El capitán Palmer piensa en seres muy conocidos, los del sexo opuesto.

Helen salió del despacho.

El comandante se echó a reír, mientras sacudía la cabeza.

CAPITULO IV

Helen Morris estaba en su apartamento.

Se había puesto un pijama que se componía del *short* y una blusita.

Tenía las gafas puestas porque estudiaba al mismo tiempo varios libros relacionados con el caso del doctor Reilly.

Sonó el timbre de la puerta y acudió a abrir.

En el porche estaba el capitán Palmer, con las manos a la espalda.

—Buenas noches, doctora Morris.

Helen hizo un gesto de asombro. Pero antes de que pudiese hablar, Alex mostró las manos. En una de ellas tenía una botella de champaña y en la otra dos copas.

—Con permiso, doctora Morris.

Entró en el apartamento sin que ella hubiese despegado los labios y se dirigió hacia la mesa, mientras decía:

—Tralarí... Tralará.

Helen se volvió bruscamente.

—Capitán Palmer, ¿qué significa esto?

Alex dejó la botella y las copas en una mesita.

—Colaboro, doctora —se puso un dedo en los labios—. Verá, yo estaba en mi cuarto y oí mi voz interior: «Alex, has dejado muy preocupada a la doctora Morris. Ella conoce tu caso, pero no te ha visto como debe verte. Esa linda muchachita hace un gran trabajo en tu beneficio y en el de todos los compañeros de la base. Debes ayudarla. Sí, señor, debes ayudarla»... Y aquí me tiene para echarle una mano.

Alex sonrió, señalando la botella.

—Le habría obsequiado en cualquier otro momento.

—Pero ha elegido esta noche. Mi primera noche en la base.

—No piense mal, doctora Morris. Sería muy peligroso para su

mente.

—¿Ah, sí?

—Su mente ha pensado: «He aquí a un hombre que viene a mi apartamento con una doble intención. Está diciendo que quiere colaborar conmigo, pero lo que quiere es atraparme entre sus brazos».

—No continúe, capitán Palmer.

—¿No ha pensado su mente eso?

—Lo ha pensado.

—¿Lo ve?

—¡Se va a ir ahora mismo de aquí con su botella de champaña y sus dos copas!

—¿Va a rechazar mi colaboración?

—¡La rechazo, capitán Palmer!

—Me decepciona, doctora Morris.

—Usted, por el contrario, no me ha decepcionado, capitán. Se está comportando como yo esperaba que se comportase, después de sorprenderle con una fotografía mía en bikini. Usted me vio en esa fotografía y se dijo que me conquistaría, como conquista a todas las mujeres que se cruzan en su camino.

—Doctora Morris, tengo que hacerle una confesión. Su fotografía cayó en mis manos por casualidad, aunque debo decirle que resultó fácil porque la imprenta de la base hizo una tirada extraordinaria de sus encantos. Un centenar de fotografías.

La joven hizo un gesto de perplejidad.

—¿Quiere decir que estoy en bikini en cien armarios?

—Bueno, estará en los armarios o en cualquier otro sitio. He visto a un soldado que la ha puesto a usted en el techo, porque así se dormirá mirándola

—Alex hizo chasquear los dedos—. Doctora, ¿se imagina cuántos miembros del personal de esta base van a soñar esta noche con usted? ¿Qué clase de sueños serán?

—¡No continúe, capitán Palmer!

—Mañana va a tener un trabajo excesivo en su oficina. Se le presentará un soldado diciéndole: «Doctora, esta noche me he casado con usted. ¿Es grave?» Otro soldado penetrará en su despacho y se arrojará a sus pies, diciendo: «Doctora, cásese conmigo o me levanto la tapa de los sesos».

—¡Payaso!

—Sí, ese soldado será muy payaso.

—Lo de payaso iba dedicado a usted. ¡Y no me interrumpa! ¡No he conocido a un tipo más farsante que usted!

—Señorita Morris...

—¡Doctora Morris!

—Muy bien, doctora Morris. Está equivocando las cosas. Soy un honrado capitán que quiso darle la bienvenida. Doctora Morris, no soy un donjuán. ¿O ha llegado más lejos todavía en su imaginación y me compara con el mismísimo Mefistófeles? Usted es hermosa, doctora Morris. Usted es atractiva, doctora Morris. Usted es bella, doctora Morris. Pero me tiene sin cuidado, su hermosura, su atractivo y su belleza. Vine como un camarada para visitar a otro camarada. Se me ocurrió que usted y yo podíamos hablar como dos amigos. Simplemente eso, como dos amigos. Pero su mente enferma le impide admitir que dos seres de distinto sexo puedan charlar amistosamente.

—¿Mente enferma? ¿Ha dicho mente enferma?

Alex levantó la barbilla.

—Lo he dicho, doctora Morris.

—¡Capitán Palmer! ¡Salga de aquí ahora mismo o le rompo la botella de champaña en la cabeza!

—No puede. Yo tengo la botella.

—¡Pues otra cosa! ¡Ese cuadro!

Era una copia de Picasso.

—Doctora Morris, ya veo que está usted contra el arte. Y eso es muy malo.

Se dirigió hacia la salida con la botella y las dos copas. Y al llegar ante la puerta, se detuvo y dijo:

—¿Por qué no la ve un psiquiatra, doctora Morris?

Los ojos de Helen echaron fuego.

—¡Capitán Palmer, sus sarcasmos resbalan por mi piel!

Alex la miró de pies a cabeza.

—Tiene una bonita piel, doctora Morris. Pero no espere que yo la acaricie.

—¡No he oído mayor tontería en todos los días de mi vida!

—Doctora Morris, contésteme. Según usted, ¿yo soy un hombre peligroso?

—¡En lo que se refiere al sexo!

—Tengo una idea que me obsesiona. La mujer, ¿verdad, doctora?

—Sí.

—¿Y qué idea tiene usted, doctora Morris?

—Tengo muchas ideas.

—Me refiero concretamente a mí.

—¡Me niego a contestarle!

—¿Por qué?

—¡Porque no estamos en mi consulta! ¡Le hablare de ello mañana!

—Tiene miedo, ¿eh?

—¿Miedo? ¿De qué?

—De confesar que está obsesionada conmigo.

—¡Ah, no, eso sí que no!

—Doctora Morris, usted ha leído mi expediente. Y apuesto a que supo de mí antes de llegar a la base. Usted se dijo: «Vaya caso, será bonito estudiarlo. Qué interesante debe ser el capitán Palmer».

—Hasta ahora ha acertado. Pero sólo lo vi a usted como un caso clínico.

—Y de ahí pasó a lo otro.

—¿A qué pasé, capitán Palmer?

—A imaginar que yo, el capitán Palmer, podía asediarla a usted. Después de todo, es hermosa, bella y atractiva. Y usted llegó a decirse que, si yo no la asediaba, sería porque no la consideraría una mujer como las demás. Y por último, usted decidió para sí: «Oh, no, soy una mujer, además de ser una científica. El capitán Palmer tiene que tratarme como a las demás. Me tiene que elegir como víctima. Y si no me elige como víctima, es que no sirvo para nada».

Helen se quedó con la boca abierta. Sus senos se agitaban tempestuosamente.

—¡Capitán Palmer, me está tratando como a una cualquiera! ¡Como sí yo hubiese venido aquí a conquistarlo a usted!

—Tengo mis dudas.

Ella se dirigió hacia él con los puños apretados contra las desnudas piernas.

—¡Está acabando con mi paciencia, capitán! ¡Una palabra más y lo denuncio!

—¿Denunciarme, a quién?

—¡A la policía militar!

—¿Y cuál sería el cargo? —Alex levantó el champaña y las dos copas—. ¿Invitación nocturna con bebida espirituosa?

—¡Usted no tiene espíritu!

—Pero lo tiene la botella.

—¡Alcohol! ¡Es lo que usted necesita para marear a sus victimas! Esa es su arma, capitán Palmer. Las marea con whisky o con champaña. Pero no espere que yo caiga en sus redes gracias a una sucia estratagema.

—De modo que la botella de champaña es una estratagema. Y el diálogo que entablé con usted es una estratagema. Doctora Morris, usted se equivoca. ¡Yo no necesito estratagemas para conquistar a una mujer!

—Conque no, ¿eh?

Alex dejó la botella y las copas en el suelo.

—¿Qué va a hacer, capitán Palmer?

—Lo va a saber en seguida, doctora.

—¡Deténgase, capitán Palmer! ¡Se lo ordeno!

Alex corrió hacia ella.

Helen trató de escapar, pero no lo consiguió porque Alex la atrapó junto al sofá. Allí, él la estrechó contra sus brazos y la besó.

—¡Usted!… ¡Usted!… ¡Usted es algo peor que un gorila!… ¡Usted es el primer bicho que saltó de las aguas y se puso a reptar sobre la tierra!

Alex dio media vuelta.

—¿Y cómo se llamaba ese bicho, doctora?

—Yo se lo diré. ¡Alex Palmer!

—Pues ya puede informar a la Academia de Ciencias que encontró un raro ejemplar de Alex Palmer en la Base Antártida-3. Buenas noches, doctora Morris. Y perdone que no le deje el champaña. Lo necesito porque tengo ganas de encontrarme con otra.

Alex cogió la botella, las dos copas y se marchó.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Helen saltó del sofá y gritó:

—¡Ah, no! ¡Esto no se queda así! ¡Juro que no se queda así!

CAPITULO V

El comandante Carson estaba hablando por el teléfono.

—Quiero que el capitán Palmer venga aquí.

—No lo encontramos en su apartamento.

—¿Fueron al club?

—Tampoco está en el club. Pero sabemos que se llevó una botella de champaña y dos copas.

—¿Cómo ha dicho?... ¡No lo repita! ¿Y adonde fue con la botella de champaña y las dos copas?

—No lo sabemos, comandante Carson.

—Les doy orden de detener a Palmer.

—Sí, comandante Carson.

—Deténganlo donde lo encuentren. ¡Y eso incluye cualquier dormitorio!

—Sí, comandante Carson.

—¡Quiero ver al capitán Palmer aquí antes de quince minutos!

—Sí, comandante Carson.

El comandante golpeó el teléfono en la horquilla.

De pronto llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Entró el capitán Palmer con una botella de champaña y dos copas.

—¿Qué es eso, capitán Palmer? —saltó Carson en el sillón.

—Le traje una botella de champaña y las dos copas para brindar a su salud.

—¡Que yo sepa, no es mi cumpleaños!

—Comandante, hoy hace nueve meses que yo llegué a la base.

—Y quiere recordarlo, ¿eh?

—Me he permitido invitarle, comandante.

—Es usted muy amable.

—Con su permiso, señor Carson.

Alex abrió la botella de champaña y escanció en las dos copas.

Carson aceptó una.

Alex levantó su copa y dijo:

—Por usted, comandante Carson. Y porque durante su jefatura en esta base logre reunir la mejor hoja de servicios.

Ambos bebieron un trago.

—Gracias, capitán Palmer —declaró Carson—. Lo he estado buscando. Acabo de recibir el informe médico acerca del teniente Mayne.

—¿Qué hay de sus labios verdes?

—Ya no los tiene verdes.

—Pero debió ocurrir algo para que fuesen verdes.

—No hay respuesta para eso. Ahora sus labios tienen el color normal.

—Hay algo que me intranquiliza, comandante Carson. Examiné los motores del F-333 que usó el teniente Mayne y no encontré ninguna señal de que hubiese reparado una avería.

—¿Supone que el teniente mintió?

—No me atrevo a tanto. Podría equivocarme.

Carson bebió otro trago de champaña.

—Capitán, han encontrado una sustancia extraña en el traje de piloto de Mayne. El doctor Reilly me ha hablado de cierta hipótesis.

—Imagino cuál es la hipótesis. El doctor Reilly se ha referido a seres desconocidos.

—Sí.

—Es su más vieja y favorita teoría.

—¿Y qué opina usted de ella, capitán Palmer?

—Perdone, comandante, pero no soy científico.

—Pero tendrá una opinión.

—Desde luego.

—Dígala.

—Creo que el doctor Reilly se ha dejado llevar por sus fantasías.

—Sí, es posible. De todas formas, he ordenado que el doctor Reilly sea sometido mañana a examen por la doctora Morris.

—Caramba, ya somos dos.

—¿Cómo dice?

—Oh, nada, comandante.

—Capitán, usted estuvo en la cota 1.302. Y vio el canal que produjo el desmoronamiento de la cota.

—Sí, comandante Carson.

—Naturalmente vio al teniente Mayne. Y únicamente a él.

—No vi a nadie más allí.

—¿Diría que no hubo nadie más antes de que usted llegase?

—¿Supone que hubo alguien más y yo no lo vi?

Carson dio un suspiro.

—No sé qué pensar. Lo cierto es que este asunto me intranquiliza. Usted es el jefe de la escuadrilla de la que Mayne forma parte.

—Sí, comandante.

—Quisiera que fuese a verle.

—¿Ahora? ¿Con qué excusa?

—Coja la botella de champaña y dígale lo mismo que a mí. Que va a celebrar cualquier cosa con él.

—¿Por ejemplo?

—El haberle salvado después de sufrir una avería.

—No está mal.

—Trate de sonsacarle. Usted asegura que no sufrió esa avería. ¿Por qué, entonces, dio tal explicación? Los técnicos han examinado las cámaras de televisión del F-333 de Mayne y han comprobado que, efectivamente, sufrieron una desconexión. Los convertidores dejaron de mandar energía a las cámaras.

—¿Y a qué fue debido?

—Usted sabe que los convertidores están completamente aislados. No debió producirse ninguna interrupción. En resumen, capitán, quiero que hable con Mayne.

—¿Cree que esconde algo?

—Usted lo vio aparecer detrás de una mole de hielo.

—Sí.

—Y dijo que había visto un oso, capitán. ¿Era realmente un oso?

* * *

El teniente John Mayne estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados.

Permanecía inmóvil desde hacía un rato, pero no dormía.

De pronto oyó la llamada.

—Uhú... Uhú...

Abrió los ojos.

No había nadie en la habitación.

—¿Quién es?

—Tu amada —le contestó una voz.

—No te veo.

—Me verás en seguida.

John siguió mirando el vacío, el fondo de la puerta de su dormitorio. Seguía sin ver nada. Se produjo una vibración del aire y vio delante de su cama una silueta dé radiaciones. La silueta iba adquiriendo una figura de mujer. El aire seguía vibrando, produciendo

un ruido.

Las radiaciones se fueron haciendo cada vez menos intensas, hasta que apareció la mujer.

Era ella.

—Soy Selene.

John se había incorporado en el lecho y miró con ojos arrobados a la mujer que se cubría con una túnica, la que había visto junto a la desmoronada cota 1.302.

—¿A qué has venido, Selene?

—A estar contigo, amado mío.

—Querida.

John saltó del lecho y fue al encuentro de Selene.

Ella le echó los brazos al cuello y le miró fijamente a los ojos.

—John, harás algo por mí,

—¿De qué se trata?

—Quiero que mates.

—¿Matar? Oh, no puedo.

—¿Por qué no?

—Nuestras leyes castigan la muerte de un semejante.

—Pero ahora tú no debes respetar tus leyes, sino las mías.

—No puedo, Selene. No puedo.

—Amor mío —dijo Selene, y acercó sus labios entreabiertos a los del teniente.

John Mayne se sintió poseído por la más dulce sensación.

Selene apartó sus labios de los de él.

—¿Matarás, John?

—Sí.

Ella sonrió victoriosamente.

—Tendrás que hacerlo ahora.

—Dime, Selene, ¿a quién tengo que matar?

—Al doctor Reilly.

—¿Por qué?

—No te debe importar el porqué.

—Sí, Selene.

—Basta con que yo te lo ordene.

—Tú me lo ordenas, Selene.

Sonó el timbre de la puerta.

John y Selene se encontraban en el dormitorio. Más allá estaba el *living*.

La hermosa joven arrugó el ceño.

—¿Quién es, John?

—No lo sé.

—¿Esperabas a alguien?

—No.

Otra vez sonó el timbre de la puerta.

—Tendré que abrir, Selene.

—Sí, John, pero ten cuidado. No debes decir nada de mí. Absolutamente nada.

—No te preocupes. No hablaré nada de ti.

—Y tampoco puedes hablar del mundo que conociste.

—No hablaré una palabra de tu mundo, Selene.

—Es ahora tu mundo, John. Vendrás conmigo cuando acabes con tu trabajo. Y serás muy feliz, amado mío. Anda, recibe a tu visitante. Te esperaré aquí.

John cerró la puerta del dormitorio.

Otra vez sonó el timbre.

Abrió la puerta de la calle. Era el capitán Palmer.

—Hola, John, ¿estaba durmiendo?

—Sí.

—Siento haberle despertado. Le he traído un poco de champaña.

—¿Para celebrar qué?

—Su estupenda suerte.

—¿Mi estupenda suerte?

—Pudo haberse destrozado en el F-333.

—Oh, es cierto.

—¿Dónde tiene las copas?

—Ahora mismo las traigo de la cocina.

John se fue a la cocina.

Alex miró el dormitorio. Tenía la impresión de que John se había conturbado al verle. Era como si John se encontrase con alguien cuando él llamó al timbre.

¿Quién podía ser? ¿Una mujer? Sí, era lo lógico.

Empezó a sentir curiosidad. ¿Qué clase de mujer se escondería en el dormitorio de John?

Decidió averiguarlo.

Echó a andar hacia la alcoba. Y ya tenía la mano en el tirador de la puerta, cuando oyó la voz de John.

—¡Capitán Palmer!

Alex volvió la cabeza.

John estaba pálido, en el hueco de la cocina, con dos copas en la mano.

—¡Le ordeno que no entre ahí, capitán Palmer! ¿Me ha oído? ¡No puede entrar!

CAPITULO VI

Alex Palmer tenía los ojos fijos en John Mayne.

—¿Qué le pasa, teniente?

—¿Por qué quería entrar ahí?

—Creí haber oído un ruido y pensé que podía ser un ladrón.

—No hay ningún ladrón en mi casa. Le he dicho que cuando usted llamó, yo estaba durmiendo. Y no había nadie conmigo.

—¿Por qué se molesta tanto, John?

Mayne se tocó las sienes con las manos, y esbozó una sonrisa.

—Perdone, capitán, estoy un poco sobresaltado.

—¿Por su accidente?

—Desde luego.

Alex se apartó de la puerta del dormitorio.

—Siéntese, capitán.

Alex ocupó un sillón.

John dejó las copas en la mesita y escanció.

Alex pensó que aquella botella de champaña tenía su historia. Había intentado bebería en compañía de la hermosa doctora Morris. Pero le falló. Más tarde le llevó la botella al comandante, al enterarse de que Carson le estaba buscando. Y ahora, la botella, había ido a parar al apartamento del teniente Mayne, un hombre muy nervioso. ¿Se debería su excitación al accidente? ¿O era otro el motivo?

Los dos bebieron un trago de champaña.

—Mayne, quisiera que me contestase a una pregunta.

—¿Es oficial, capitán?

—No, simplemente amistosa.

—Haga su pregunta, Palmer.

—¿Vio a alguna persona en los alrededores de la cota 1.302?

Mayne guardó un silencio. La mano con la que sostenía la copa tembló. Un poco de champaña cayó en la alfombra.

—¿Qué le pasa, teniente?

—¡No me pasa nada!

—Todavía no ha contestado a mi pregunta.

—¡Le dije que no vi a nadie!

—Vio a un oso.

—Sí, a un oso, pero usted preguntó si vi a alguna persona.

—Está bien, le creo.

—Gracias, capitán.

—El doctor Reilly tiene una extraña teoría. ¿La conoce?

—Nunca me han interesado las teorías del doctor Reilly.

—Yo le diré cuál es. Según el doctor, nuestra civilización no es la única, la primera que existió en la Tierra. Han existido otras civilizaciones de las que no sabemos nada. Quizá porque fueron destruidas por una catástrofe de tipo geológico o por una conflagración a nivel interplanetario.

—¿Una guerra entre planetas?

—Sí.

—¡Es absurdo!

—Queda la posibilidad de que la primera hipótesis sea la buena. Ya sabe, la civilización destruida por un cataclismo de tipo geológico… Usted habrá oído hablar de la Atlántida.

—Desde luego, no soy tan ignorante.

—¿Por qué se muestra tan agresivo, teniente?

—No es mi intención serlo. Pero he llegado a la conclusión de que ustedes dudan de mi palabra. Primero fue el comandante. Me sometió a un interrogatorio exhaustivo, como si yo fuese un criminal. Y ahora viene usted con la absurda excusa de brindar por mí y por el feliz desenlace de mi accidente. No, capitán Palmer. Usted no vino aquí a

brindar. ¡Sólo ha traído un objetivo! ¡El de seguir interrogándome!

Palmer dejó la copa en la mesa y se puso en pie.

—Teniente, creo que no está en la mejor situación para prolongar este diálogo.

—Lo siento, señor.

—Y yo también lo siento, Mayne. Ha sido usted uno de los pilotos en los que más he confiado. Y me temo que no se encuentra en condiciones de prestar nuevos servicios. Ordenaré su baja mañana.

—¡No tiene derecho a hacer eso, capitán!

—Teniente, le hablé antes de una conversación amistosa. Ahora es oficial. Pediré que sea sometido a observación por la doctora Morris.

Palmer salió del apartamento pegando un portazo.

Al quedar a solas, John bebió de un trago el contenido de la copa. Dejó ésta en la mesita y fue a la alcoba.

Allí estaba Selene, tendida en la cama, hermosa como ninguna otra mujer que hubiese visto en su vida.

Ella se echó a reír.

—¿Qué es lo que te divierte, Selene?

—He oído vuestro diálogo.

—El capitán Palmer estuvo a punto de entrar aquí.

—Sí, ya me di cuenta. Pero no me habría encontrado.

Selene se levantó del lecho y caminó hacia él contoneándose suavemente. Al llegar junto a John, le pasó un brazo por el cuello.

—¿Has oído al capitán la teoría del doctor Reilly?

—Sí.

—Acertó.

—¿Qué civilización es la tuya? Todavía no me lo explicaste, Selene. ¿Qué significa tu mundo? ¿De dónde vienes?... ¿Estabas ya en la tierra o viniste de otro planeta?

Ella le puso un dedo en los labios.

—Son demasiadas preguntas, amado mío.

—Y yo quiero respuestas.

—Todavía no. Primero tienes que cumplir la misión. Debes matar al doctor Reilly esta misma noche.

—¿Por qué? Lo único que tiene es una teoría y no puede demostrarla.

—Ahora sí puede probarla.

—¿De qué forma?

—El doctor Reilly piensa ir mañana al lugar donde se encontraba antes la cota 1.302. Tomará muestras del hielo y le bastará para saber que estaba en lo cierto.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a ese hielo?

—Tiene clorofila.

—¿Clorofila? Es la sustancia que forma parte de las plantas. ¿Por qué ese hielo tiene clorofila?

—Te dije que no era momento para contestar a tus preguntas, John.

—¿Cómo voy a matar al doctor Reilly?

—Tendrás mi poder.

—¿Tu poder? ¿Puedo aparecer y desaparecer cuando yo quiera?

—Sí. Selene te dará su poder, amor mío.

—¿De qué forma?

—Dame algo que corte.

—¿Qué vas a cortar?

Ella levantó el brazo.

—Mi vena.

—Oh, no.

—Es necesario para que tengas mi poder. Beberás mi sangre.

—¿Qué estás diciendo, Selene?

—No me voy a morir, John. Te lo ordeno. Trae algo con lo que pueda cortar la vena de mi muñeca.

John se dirigió al cuarto de baño.

Regresó al cabo de unos instantes con una navaja.

—Selene, no lo hagas.

—No seas tonto. No me va a pasar nada.

Ella misma le quitó la navaja y, sin detenerse, abrió la aguda hoja e hizo un corte en su muñeca.

—Bebe.

John vio asombrado que por aquella vena no salía sangre roja, sino de un color verde.

—¡Bebe, John! ¡Te lo ordeno!

John se sintió impulsado por aquella fuerza que le hacía esclavo de la voluntad de Selene. Se inclinó sobre el brazo femenino y bebió la sangre verde que manaba de la herida.

CAPITULO VII

El doctor Reilly examinaba las pequeñas muestras recogidas en el uniforme de Mayne.

Observaba una y otra vez aquellas muestras con el instrumental de que disponía.

—Dios mío, es cierto. Yo no me equivocaba. No hace falta que espere a mañana. Son seres de otra civilización. Hubo otra humanidad antes que nosotros. Debo decírselo al comandante.

Corrió hacia el teléfono y descolgó. Pero en ese momento, oyó una vibración en el aire.

Quedó asombrado, observando lo que pasaba en la habitación. Se habían producido unas radiaciones y dentro de aquellas radiaciones, aparecía una persona a la que él conocía. El teniente John Mayne.

—Buenas noches, doctor Reilly.

Las radiaciones habían cesado y Mayne estaba allí, como si el propio doctor le hubiese abierto la puerta.

—Teniente, ¿cómo lo ha podido hacer?

—Por mis propios medios.

—Oh, no me lo puedo creer. Ningún ser humano tiene el poder de la invisibilidad... Todavía nadie ha podido lograrlo.

—Yo lo he logrado. Usted lo acaba de ver.

—Pero usted no es un científico, teniente Mayne.

—No, no lo soy.

—Por tanto, ese poder le ha sido concedido por otra persona.

—Bravo, doctor Reilly.

—¿Quién?

—No sé de qué me habla.

—Sabe perfectamente de quién le hablo. ¿Quién le concedió el poder?

Mayne sonrió.

—¿Necesita saberlo, Reilly?

—Quiero saberlo.

—Usted va a morir, doctor Reilly.

Reilly miró las manos del teniente. Con ninguna de ellas manejaba un arma,

—¿Le han ordenado que me mate, teniente?

—Sí.

—¿Cómo lo hará?

—Usted mismo se dará muerte.

—¿Supone que me voy a suicidar?

—Sí, doctor Reilly.

—Está loco, completamente loco, si cree que me suicidaré, sobre todo ahora que estoy a punto de demostrar mi teoría. Mis colegas se han reído de mí durante muchos años. Creían que yo era un tonto con demasiada imaginación. He descubierto algo que me hará famoso. El mundo sabrá por mi boca lo que pasó en la Tierra hace siglos, centenares de siglos.

—No sabrán nada.

Reilly corrió hacia la mesa para descolgar el teléfono.

—Deténgase, doctor.

—¡No!

—¡Le ordeno que se detenga!

Reilly estaba a punto de alcanzar el teléfono y se detuvo. Una fuerza misteriosa y terrible le impedía alcanzar el auricular.

—¿Qué hace conmigo, teniente?

—¿Yo? Nada. Estoy muy lejos de usted.

—Me está impidiendo que alcance el teléfono.

—¿De veras? Vamos, doctor Reilly. No diga eso. Yo estoy en el mismo lugar que me vio antes. ¿Por qué no coge el teléfono?

—¡No puedo!

—Inténtelo.

Reilly tenía la mano extendida, a unas pulgadas del teléfono. Hizo un esfuerzo sobrehumano para alcanzarlo. Pero no pudo.

Se volvió sudoroso, la cara blanca.

—Teniente, es usted uno de los nuestros, un ser humano. ¡No puede venderse! ¡No puede traicionarnos!

—Es usted un ingenuo, doctor Reilly.

—¿Me llama ingenuo por tratar de defender nuestra civilización?

—No vale la pena que luche contra una fuerza que es superior a la nuestra.

—Siempre se debe luchar contra un enemigo.

—Ella no es mi enemigo, Reilly.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Selene.

—¿Dónde está?

—¿Para qué?

—Quiero hablar con Selene.

—No puede, doctor Reilly.

—Usted habló con esa persona, con Selene... Yo también debo hablar con ella.

—¿Para qué, doctor? ¿Para convencerla de que no debe seguir adelante?

—Sí.

—Perderá su tiempo.

—Valdrá la pena que lo intente, ya que usted no lo intentó, teniente.

—Su ruego ha sido rechazado. Y llegó la última hora para usted.

—¡No!

—¡Va a morir, doctor!

—¡Por favor, teniente! ¡Recapacite!

—Ya he recapacitado.

—Oh, no, teniente, usted se encuentra bajo la influencia de Selene. Dígame, ¿es como nuestras mujeres?

—Sí, pero mucho más hermosa.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. La he visto con mis ojos.

—¿Cómo apareció ante usted la primera vez?

—Con una túnica.

—¿Apareció de improviso? ¿No hubo previamente algo?

—Me hizo una llamada. Un grito que era un canto musical.

—Teniente, si oyó ese canto musical, pudieron hipnotizarle... Y quizá usted vio a una mujer porque quiso que usted viese a una mujer como las nuestras.

—¿Adonde quiere ir a parar, Reilly?

—A que quizá ella no es una mujer, sino otra clase de ser.

—No diga tonterías, doctor Reilly. Ella es la más hermosa de las mujeres.

—Pudo aparecer como la más hermosa para conquistarle. Haré un trato con usted, teniente. Informaremos de todo esto al comandante Carson.

—¡No!

—Es su deber, teniente.

—Era mi deber antes.

—Recuerde el juramento a la bandera de su país... Juró defender a Estados Unidos de América contra todos sus enemigos...

—¡Basta!

—No puede haberlo olvidado, teniente.

—Doctor Reilly, usted guarda una pistola en el tercer cajón del archivo.

—Sí.

—Cogerá la pistola y se pegará un tiro en la sien.

—¡No lo haré!

—Lo hará, doctor. Tiene que hacerlo.

—¡No! Yo he logrado saber la verdad. Tengo que informar al comandante de la base. El mundo tiene que destruir a los seres que vienen del pasado.

—Vienen de hace un millón de años.

—Teniente, comprenda que está ahora entre los suyos. El poder que recibió no le servirá de nada cuando ellos hayan terminado con nosotros. También acabarán con usted.

—Selene nunca acabará conmigo.

—¿Por qué cree que no?

—Soy su amante.

—¿A qué clase de ser amó, teniente? Y no me conteste que a la más hermosa de las mujeres. Quizá amó a un reptil y usted lo vio con figura de mujer.

—¡Doctor, coja la pistola!

—¡No! ¡Por favor, no!

—Eche a andar. Se lo ordeno.

—¡No me moveré de aquí!

—Usted se moverá. Y lo hará ahora mismo. Empiece a dirigirse hacia el archivo.

Reilly dio un paso y luego otro. Su rostro estaba lleno de pánico.

—¡No quiero andar! ¡No quiero andar!

Sin embargo, se movía hacia el fondo de la estancia.

—¡No me haga ir hacia el archivo, teniente!

—Siga andando, Reilly.

El doctor trataba de resistirse al impulso que lo dominaba, pero era impotente para detenerse.

Un paso… Otro.

Se iba acercando al archivo.

La voz del doctor se quebró en un gemido.

—¡Teniente, debe sobreponerse al poder que ejercen sobre usted!

—Es un poder maravilloso.

—¡Es un poder maldito!

—¿Es que no me vio aparecer, Reilly? Lo hice a mi voluntad. Traspasé los muros y atravesé la atmósfera. ¿Llama a eso poder maldito?

—¡Es una fuerza tenebrosa que le llega del mismo infierno! ¡Es una fuerza que acabará con todos los seres humanos!…

—¡Abra el cajón del archivo!

—¡No!

—¡Ábralo, le digo!

Reilly abrió el cajón del archivo y vio la pistola. Era espantoso, horrible… Allí estaba la pistola que debía coger con su propia mano. Y sabía que estaba cargada.

—¡Atrape la pistola, doctor Reilly!

—¡No lo haré! ¡No lo haré!

Pero su mano ya se estaba moviendo hacia el cajón del archivo.

—Tenga compasión de mí, teniente.

—No puedo tener compasión de una persona que desea la muerte de Selene.

—Llegaré a un acuerdo con ella.

—No, usted no podrá verla. Sólo yo puedo ver a mi amada.

Reilly se apoderó de la pistola y empezó a sacarla.

—Teniente Mayne, no diré nada.

—Sería incapaz de guardar el secreto. Usted informaría tarde o temprano. Es un científico lleno de vanidad y de orgullo. Lo dijo hace un momento. Sus colegas se han reído de usted, y ahora se le presenta la oportunidad de demostrar que no se equivocaba. Que hace centenares de siglos hubo otros seres sobre la tierra… ¡Vuelva la pistola hacia usted!

—¡No!

—¡Vuélvala!

Reilly volvió poco a poco la pistola hacia su cabeza. Sus ojos se aterrorizaron al ver el negro agujero por el que saldría la bala.

—Ponga el dedo en el gatillo, doctor.

—¡Por favor, no!… ¡Por favor!

—¡Ponga el dedo en el gatillo!

Reilly obedeció.

—¡Lo sabrán, teniente! ¡Lo sabrán!

—No van a saber nada.

—Ellos serán vencidos. Y usted desenmascarado, teniente.

—¡Calle de una vez, doctor! ¡Apriete el gatillo!

—¡No!

—¡Apriete el gatillo!

El centinela que estaba a cincuenta yardas de la casa del doctor Reilly oyó un estampido, y juró que había sido una pistola.

CAPITULO VIII

—Suicidio —dijo Carson.

—¿Está seguro, comandante? —preguntó el capitán Palmer.

—No hay ninguna duda. Usó su propia pistola. No existen otras huellas Y la prueba de la parafina dio un resultado positivo. Igualmente ha quedado claro el ángulo de tiro.

—Pero, ¿por qué?

—Es lo que me pregunto yo, capitán. ¿Por qué?

—¿No dejó ninguna nota?

—No.

—¿Tampoco una grabación?

—Había una cinta en su magnetófono. La he escuchado. No dice nada del suicidio.

—¿Puedo escuchar esa grabación?

—Desde luego.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante.

Entró la doctora Helen Morris.

La joven resbaló la mirada por la figura de Palmer, antes de detener sus ojos en Carson.

—Me mandó llamar, comandante.

—Sí, doctora. ¿Ha llegado a alguna conclusión con respecto a la muerte del doctor Reilly?

—He estado con el doctor Barnier, que ha hecho la autopsia. He examinado el informe. Lo siento, comandante, pero me temo que no nos puede servir de ayuda para saber lo que usted quiere. ¿Por qué el doctor Reilly se suicidó?

—Está bien, doctora. Escuche esta grabación con el capitán Palmer.

Palmer miró a la joven y le ofreció un sillón.

Ella, muy seria, se sentó.

La cinta se puso en marcha en el magnetofón. Y se pudo oír la voz de Reilly.

—«Realizada la prueba del carbono. Los resultados son óptimos. Los residuos encontrados en el uniforme del teniente Mayne contienen clorofila. Estoy analizando algunas muestras en el tubo de ensayo. He de hacer las comprobaciones oportunas, pero, si no me equivoco, la clorofila tendrá una edad superior a los cien mil años… Dadas las condiciones de la zona donde fueron encontradas estas muestras, podría significar que mi teoría sobre civilizaciones subsiguientes estaría en situación de ser probada. Está admitido que en donde hoy existen los círculos polares pudieron existir selvas. Por tanto, también debió existir la vida animal y la vida de los seres inteligentes. Y es el paso que yo voy a dar. Interrumpo esta grabación en el momento en que me dispongo a realizar una observación en el microscopio de las muestras que han sido bombardeadas en el generador atómico.»

La cinta se deslizó sin que se volviese a oír la voz de Reilly.

Carson detuvo el magnetofón.

—Eso es todo, señores.

Reinó un silencio durante unos instantes en el despacho de Carson.

—¿Alguna idea, doctora Morris? —preguntó el comandante.

—Por la grabación, sé que el doctor Reilly persistía en su idea acerca de unos seres que debieron existir hace centenares de siglos.

—Es la teoría a la que Reilly se había aferrado desde hace mucho tiempo.

Palmer carraspeó.

—Según parece, ya no se trataba de una teoría. El doctor Reilly estaba comprobando que tenía razón.

Carson arrugó el ceño.

—¿Supone que los seres de una civilización anterior a la nuestra han podido conservar alguna clase de vida y que ahora se han manifestado?

—La explosión que desmoronó la cota 1.302 hace pensar en ello.

¿No le parece, comandante?

—¿Haría pensar en un artefacto programado hace miles de años para que hiciese explosión en nuestros días?

—¿Por qué no?

—Demasiado fantástico, capitán Palmer.

Helen Morris dijo:

—Quiero ver al teniente Mayne.

—Es una buena idea —asintió el comandante Carson.

—Yo la acompañaré, doctora Morris —dijo Palmer.

—No, gracias, capitán. Puedo ir sola. No me perderé.

* * *

Selene besó los labios del teniente Mayne.

—Lo hiciste muy bien, John.

—Fue fácil.

—Debió serlo.

—Nunca pude imaginar que yo tendría este poder.

—Lo tienes, querido.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta siempre.

—¿A quién tendré que matar ahora?

Selene sonrió.

—¿Ya deseas matar a otro?

—Los quiero matar a todos, Selene. No dejaré a nadie vivo en esta base. Me quieren separar de ti, pero no lo conseguirán.

—Amado mío, tú y yo siempre estaremos juntos.

John Mayne besó los labios de Selene.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

John se apartó bruscamente de la hermosa mujer.

—Parece que están muy inquietos en la base, John.

—Es lógico que lo estén, después del suicidio de Reilly.

—Me quedaré aquí, como antes.

—Me desharé fácilmente de mi visitante.

—Recuerda que no debes decir nada que te complique.

—Descuida, tendré mucho cuidado.

—Vuelve pronto, amor mío.

Fue ella quien lo besó.

John salió del dormitorio.

Se dijo que, si era el capitán Palmer, no lo dejaría entrar, o quizá lo dejase para burlarse de él.

Demonios, podía decirle al capitán Palmer lo mismo que a Reilly. Que cogiese la pistola, o la navaja barbera y se degollase. Odiaba al capitán Palmer. Lo quería ver muerto.

Abrió la puerta y vio a una joven atractiva, de rostro muy bello. La había visto con anterioridad. En una fotografía donde ella llevaba bikini.

—Soy la doctora Morris, teniente Mayne.

—Ya lo sé.

—¿Me conoce?... Oh, sí. Me dijeron que habían hecho una tirada de cien fotografías mías en bañador. ¿Fue como me conoció?

—Sí, doctora.

—¿Puedo pasar?

—Desde luego.

La joven entró en el *living*.

—Teniente —dijo ella, volviéndose—. Ya sabrá lo que ha ocurrido

respecto al doctor Reilly.

—Oí el disparo desde aquí y salí. El pabellón del doctor está al otro lado. El servicio de vigilancia no me dejó entrar en la casa del doctor. Pero fui informado de todo. El pobre Reilly se suicidó. Era un buen hombre. Tuve oportunidad de hablar muy pocas veces con él. Teníamos distintas profesiones, aun cuando hayamos estado juntos en la base, durante algún tiempo. ¿Beberá algo, doctora Morris?

—Un whisky, gracias.

John se fue al bar y, mientras preparaba los whiskys, se preguntó a qué había ido allí la doctora Morris. Era una psiquiatra. Estaba citado con ella al día siguiente. Claro, la doctora había adelantado la hora de su consulta. De buena gana hubiese reído. Aquella situación le divertía mucho. La doctora Morris era un ser insignificante. El tenía un poder que para la doctora resultaría tan increíble como para el doctor Reilly.

Caminó hacia ella con los dos vasos y le dio uno de éstos.

Helen ocupó un sillón.

—Teniente, ¿puedo hacerle unas preguntas?

—Desde luego.

—Usted bajó de su avión junto a la cota 1.302.

—Sí.

—¿No se sintió influenciado por algo?

John sintió un escalofrío por la espina dorsal

Era la misma pregunta que le había hecho el capitán Palmer.

—No, doctora. No sentí la menor influencia. Hasta la temperatura era agradable. Tenga en cuenta que se había producido una ebullición. Envié la imagen del fenómeno a la base antes de que mis cámaras sufriesen la avería.

—He visto su película, Mayne. Lástima que no se viese lo que había tras de las nubes.

—Le puedo informar a ese respecto, doctora.

—¿Qué había?

—Nada.

—¿Qué me dice del canal de agua que penetraba en el hielo donde antes había estado la cota 1.302?

—Sólo vi eso, agua, aunque no pude ir muy lejos.

—El doctor Reilly, antes de morir, analizó las muestras que fueron recogidas en su traje.

John entornó los ojos.

—¿Conoce el resultado de los análisis?

—Hasta cierto punto.

—¿Qué quiere decir, señorita Morris?

—En su traje había clorofila. Y eso hizo suponer al doctor Reilly que la cota 1.302 podía guardar un secreto.

—¿A qué secreto se refiere?

—El de una civilización con una edad superior a los cien mil años.

John empezó a sentirse inquieto. Aquella joven era una entrometida.

—Teniente Mayne, si el doctor Reilly no se equivocaba, usted debió ver algo más.

—Se lo dije al capitán Palmer.

—Debió ver algo más, teniente.

—¿Y qué cree que vi? ¿Una hermosa mujer quizá?

—¿La vio?

—Era un ejemplo, doctora Morris.

—¿Por qué habló de una mujer después de hablar del osó?

—No sé dónde quiere ir a parar, doctora.

—Hubo asociación de ideas en su mente.

John se echó a reír.

—Ya salió la psiquiatra.

—Estoy aquí como psiquiatra.

John se quedó muy serio.

—Doctora, me encuentro un poco cansado… Sufrí un accidente. Y el doctor Reilly se mató. ¿Quiere suspender el diálogo hasta mañana?

—No.

—¿Cómo ha dicho?

—Continuaré sosteniendo el diálogo con usted. Quiero que me diga por qué habló de una hermosa mujer.

John ya no pudo soportarlo más. ¿Quién se creía que era aquella estúpida? Desde luego, Helen Morris era bella, pero mucho más seductora era Selene, que lo estaba esperando en su alcoba.

—Doctora Morris, debió conformarse con mis respuestas y marcharse.

—Pero no lo he hecho.

—Y se va a arrepentir.

—No le entiendo, teniente Mayne.

John fijó sus ojos en los de Helen.

—Doctora Morris, le he dicho que se va a marchar de aquí. Y es lo que hará. Subirá en el ascensor hasta la última planta de este edificio y se arrojará desde lo alto. ¿Me ha oído bien, doctora Morris? Es lo que va a hacer. Suicidarse. Yo se lo ordeno y usted tendrá que obedecerme.

CAPITULO IX

—¿Qué está diciendo, teniente Mayne? —exclamó Helen Morris, mientras sentía que una fuerza misteriosa se iba apoderando de ella.

—Se lo repetiré. Irá a la terraza de este edificio y se arrojará al exterior.

—Oh, no.

—Tiene que hacerlo, doctora Morris. Usted saltará de la terraza.

—¡Oh, no, no lo haré!

—¡Yo se lo mando!

—Usted no me puede pedir eso.

—No se lo pido, señorita Morris. ¡Se lo ordeno!

Los ojos de Mayne estaban fijos en los de Helen Morris. Esta trató de apartar la mirada, pero ya era demasiado tarde.

El teniente sonrió al darse cuenta de que había conseguido adueñarse de la voluntad de la joven.

—Usted hará lo que le he mandado, doctora Morris. Lo hará porque yo soy su amo… Saldrá de esta habitación, subirá a la última planta y dará el salto.

—Sí, teniente.

—Muy bien, doctora Morris. Ya puede salir.

La joven dio media Vuelta y echó a andar.

Abrió la puerta del apartamento y salió.

Mayne entró en el dormitorio.

Selene estaba de pie.

—He estado a punto de salir —dijo—. Debí ocuparme yo misma de esa entrometida.

—Ya no nos molestará nadie.

Selene sonrió.

—Sí, John, lo hiciste muy bien. Has aprovechado maravillosamente el poder que te he concedido.

—La doctora Morris dejará de vivir dentro de unos instantes.

—Eso merece un premio —dijo Selene y, acercándose a él, lo besó en los labios.

* * *

La doctora Helen Morris se dirigió hacia el ascensor. Apretó el botón de llamada.

Una voz le llegó desde el fondo.

—Helen.

Era el capitán Alex Palmer.

Ella no le contestó.

El ascensor estaba subiendo.

Alex llegó junto a la joven y la tomó por el brazo.

—¿Cómo le fue su entrevista con el teniente Mayne, doctora?

Ella lo miró.

—Capitán Palmer, ¿por qué no deja de molestarme?

—¿Molestarla?

—Es lo que ha hecho desde que nos hemos conocido.

—Bueno, yo no tengo la culpa de que usted sea tan atractiva. Pero ahora han pasado muchas cosas, y sólo estoy preocupado por lo que ocurre en la base. Usted dijo que iba a hablar con el teniente Mayne y quise esperarla.

—Perdone, pero tengo trabajo.

—¿No le parece demasiado tarde para trabajar? Mire, doctora Morris. Vamos a firmar la paz. Usted y yo nos estamos enemistando estúpidamente. Le sugiero una cosa, y no crea que lo hago simplemente por pasar el rato con usted. Me resulta cada vez más simpática. La invito a tomar cualquier cosilla en mi apartamento, y usted me cuenta la historia de su niñez.

—¿De mi niñez? ¿Por qué?

—Me gustaría saber las diabluras que hizo usted cuando era pequeñita. Apuesto a que fueron muchas.

—Capitán Palmer, no estoy dispuesta a perder el tiempo con usted.

—¿Cree que perdería el tiempo?

—Le he dicho que tengo trabajo.

—Ese trabajo puede esperar a mañana.

—No, no puede esperar.

—Sería mejor que se acostase y durmiese. ¿Ve qué comprensivo soy? La acompañaré a su apartamento y la dejaré en la puerta —levantó una mano—. Palabra que no intentaré darle un beso, a menos que usted me lo pida.

—No se moleste, capitán Palmer.

—Le aseguro que no es ninguna molestia.

—¡He dicho que me iré sola!

El ascensor llegó en aquel momento y se abrió la puerta.

Helen Morris entró.

El capitán titubeó unos instantes.

Helen dijo:

—Hasta nunca, capitán Palmer.

—¿Por qué dice hasta nunca? Pensé que no sería tan rencorosa.

Helen no le pudo contestar porque las puertas del ascensor se cerraron.

Alex se rascó detrás de una oreja.

«Muchacho, ya hiciste lo que tenías que hacer. Ahora a la cama.»

* * *

Helen Morris ya había llegado a la terraza.

El aire de la noche la detuvo.

¿Qué estaba haciendo allí? Oh, sí debía arrojarse desde la terraza. Se lo había ordenado el teniente John Mayne.

Y el teniente Mayne era su amo. Tenía que obedecer.

Siguió andando hacia el borde de la terraza.

El edificio tenía catorce plantas, y la doctora Morris estaba ahora en la más alta.

Todo era silencio.

Desde allí se veían algunas luces. Eran el personal que estaba de guardia en los distintos puntos.

La Base Antártida-3 estaba climatizada. Una potente central atómica daba el clima ambiental a la atmósfera. Se había utilizado por primera vez la teoría de los campos electromagnéticos y por ello, en aquel lugar, existía la misma temperatura que en Miami. Pero bastaba que un hombre de la Antártida-3 se alejase tres millas para que sintiese el rigor de las bajas temperaturas del Polo Sur.

Helen Morris se detuvo nuevamente.

Por un instante en su cerebro se produjo un chispazo.

¿Qué hacía allí? ¿Iba a matarse? Oh, no. Ella no quería morir. Era demasiado joven. La vida era maravillosa, y había conocido a un hombre maravilloso. ¿Qué hombre? El capitán Alex Palmer. Pero, ¿qué estaba pasando? El capitán Palmer no era maravilloso, sino un hombre al que ella odiaba. El capitán Palmer era un individuo que trataba de conquistar a las mujeres. Eso era el capitán Palmer. Un fanfarrón.

Pero el teniente Mayne le iba a dar el descanso. Lo tenía a su alcance. Sólo tenía que arrojarse de la terraza. ¿Arrojarse? Eso significaría la muerte. Pero sería una muerte dulce. Como dormir, como soñar, El teniente Mayne era muy bueno con ella porque se iban a terminar sus preocupaciones.

Se dispuso a saltar.

De pronto una mano la cogió fuertemente.

—¡Doctora Morris!

Era el capitán Palmer.

—¡Suélteme!

—¿Qué iba a hacer, Helen?

—¡No es asunto suyo!

—¿Qué se proponía?

—¡Iba a tirarme desde aquí!

—¿Tirarse dice?

—Me quiero arrojar al vacío.

—¿Quiere suicidarse?

—¡No me quiero suicidar! ¡Sólo quiero acabar!

—¿Y qué diferencia hay?

—¡He dicho que me deje libre, capitán Palmer!

—El doctor Reilly se suicidó pegándose un tiro. Ahora, usted se quiere suicidar arrojándose por la terraza. Ah, no, doctora, no la voy a dejar. Este edificio es demasiado alto y no me gustaría verla convertida en una tortillita.

Helen le soltó un rodillazo en el vientre.

Alex cayó en el suelo.

Helen corrió hacia el borde de la terraza.

Alex se levantó de un salto y corrió también.

—¡Espere, Helen! ¡Espere!

La doctora Morris no tuvo en cuenta aquella palabra.

Alex se arrojó sobre ella. Logro atraparla por las piernas y la hizo caer.

—¡Maldito! ¡Maldito sea! ¡Déjeme en paz! —gritó Helen, pegándole un zarpazo.

Alex apartó la cara e impidió que las uñas femeninas lo marcasen.

La joven trató de usar las rodillas para librarse de Alex, pero éste la sujetó fuertemente.

Ambos rodaron por el suelo.

Helen soltaba chillidos.

—¡Granuja!

—Conque soy un granuja por tratar de salvarle la vida.

—¡No quiero vivir!

—¿Por qué no quiere vivir?

—No le daré cuenta de mis actos.

—Tendrá que hacerlo, ¿lo entiende, doctora chiflada?

Logró quedar encima de ella y le soltó una bofetada.

Ella trató de morderle la mano, pero Alex se libró de sus dientes y la volvió a abofetear.

—¡Despierte, doctora Morris! ¡Tiene que darse cuenta de lo que está haciendo!

La joven cerró los ojos y permaneció así un rato.

Alex ya no la abofeteó más.

Helen abrió los ojos. Estaba aturdida. Miró a Alex y, al verle encima de ella, dijo:

—¿Qué hace ahí, capitán Palmer?

—Es un nuevo juego.

—Capitán, esto es un abuso de confianza.

—¿Ah, sí?

—Me ha traído aquí arriba. ¡Y me gustaría saber por qué me ha traído! Aunque lo imagino.

—¿Lo sabe?

—Ha querido seducirme, capitán Palmer. Si no se aparta de mí ahora mismo, lo denunciaré a las autoridades de la base.

Alex se levantó y ayudó a levantarse a la joven.

—¡No me toque, capitán!

—Doctora Morris, hace unos instantes, usted iba a arrojarse desde este edificio.

Helen lo miró asombrada.

—¿Qué es lo que está diciendo?

—Usted fue a ver al teniente Mayne. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—La encontré en el corredor, cerca del apartamento de Mayne. Quise acompañarla, pero usted dijo que tenía mucho trabajo. Se metió en el ascensor y yo iba a renunciar a seguirla, cuando me di cuenta de que su ascensor, en lugar de bajar, estaba subiendo. Y lo hizo hasta la última planta. Entonces decidí subir yo también. Y la encontré justo en el borde de la terraza. Luchó contra mí. Estaba empeñada en suicidarse.

—Oh, no —dijo Helen y se apretó las sienes con las manos.

Alex la cogió por los brazos.

—¿Qué pasó en el apartamento de Mayne, Helen?

—No recuerdo.

—Tiene que recordar.

—Le he dicho que no lo sé.

—Muy bien, doctora Morris. Vámonos de aquí. Luego me ocuparé del teniente Mayne.

Bajaron en el ascensor hasta la primera planta, donde Helen tenía su apartamento.

Alex la detuvo junto a la puerta.

—¿Se encuentra mejor, Helen?

—Sí, pero continúo sin recordar nada. Absolutamente nada.

Alex la besó en los labios con suavidad.

—Luego vendré a verla. En cuanto haya hecho unas preguntas al teniente Mayne.

CAPITULO X

John Mayne besaba apasionadamente a Selene.

De pronto, oyeron que la puerta del *living* se abría.

—No han llamado al timbre —dijo Selene.

—Espérame. Iré a ver.

John salió del dormitorio.

Se quedó perplejo al ver que Alex Palmer ya estaba en el centro de la habitación.

—Capitán Palmer, ¿por qué ha entrado sin llamar?

—Tengo una llave maestra. Y me disponía a entrar en su alcoba, para ver lo que guarda en ella.

—¿Guardar? No sé a qué se refiere.

—Tengo que darle una mala noticia, teniente.

—Sé lo del doctor Reilly.

—No me refería a la muerte del doctor Reilly. Sino a la de Helen Morris.

—¿También ha muerto?

—No, teniente. Le dije una mala noticia. Para usted. Ella vive. No se arrojó por la terraza.

—¿De qué me está hablando?

—Usted le provocó una hipnosis, teniente. Usted y otra persona.

—Lárguese, capitán.

—¿Quién es la otra persona?

—No sé a quién se refiere.

—He venido dos veces a su apartamento, y siempre ha salido de la alcoba.

—Tengo sueño.

—¿Tiene sueño y continúa vestido?

—Capitán, éste es mi apartamento y hago en él lo que quiero. Le ruego que se marche o daré parte de usted al comandante Carson.

—Coja el teléfono. Ya puede informar al comandante Carson. Usted no me va a perjudicar a mí en nada, teniente, Y hago mía su sugerencia. Va a llamar al comandante, él vendrá aquí y los tres hablaremos.

—Capitán, ¿por qué no se muestra más amistoso conmigo?

—¿Amistoso?

—He sufrido hoy un accidente —John se llevó las manos a la cabeza—. Admito que quizá me he comportado de una forma extraña. Pero, cuando me encontraba entre aquellas nubes, creí que me moriría.

—Usted no sufrió ninguna avería. Comprobé su aparato, teniente.

—¡Capitán!

—¡No sufrió ninguna avería! ¡Y ahora mismo me va a decir lo que pasó allí! Me dirá a quién vio. ¡Y no me vuelva a repetir que vio solo a un oso o le hago tragar el cenicero, teniente Mayne! La doctora Morris estuvo aquí hace un momento. Usted la hipnotizó. Ya no me cabe ninguna duda de que usted la hipnotizó. Usted le ordenó que se arrojase por la terraza. Y en la base ocurrió ya un suicidio. El doctor Reilly se mató, disparándose su propia pistola, y empiezo a creer que usted fue el autor de un asesinato. Usted hipnotizó también al doctor Reilly. Conozco bien a mis hombres, teniente. Usted es uno de mis pilotos y he leído su expediente de punta a punta. Jamás poseyó usted esa cualidad de hipnotizar a la gente. ¿Por qué de pronto tiene ese poder? ¿Quién se lo concedió?

—Váyase, capitán.

—No me voy a ir sin entrar en su alcoba.

—¡No puede entrar!

—¿Por qué no, Mayne? ¿Me lo va a impedir usted?

—Se lo impediré.

—¿De qué forma? ¿A puñetazos?

—Usted es más fuerte que yo.

—¿Hipnotizándome?

—Sí.

Alex se echó a reír.

—Por fin lo confesó, teniente. Usted hipnotizó al doctor Reilly.

—Cierto.

—Le ordenó que se matase.

—Cierto.

—Y luego hipnotizó a Helen Morris y le ordenó que se arrojase por la terraza.

—Lo sabe casi todo.

—Quiero saber el resto.

John sonrió.

—Usted no va a saber nada más, capitán Palmer.

—¿Me va a ordenar también que me arroje por la terraza?

—Con usted, lo haré de otra forma.

—Ya estoy interesado en cómo lo hará conmigo.

—Saltará por el hueco del ascensor.

—Qué poco imaginativo es, teniente Mayne. Eso resultaría muy trabajoso. Prefiero ahorcarme en su alcoba. He estado pensando en la persona que pueda estar ahí dentro. Y he llegado a una conclusión.

—¿Cuál, capitán?

—Que se trata de una mujer.

John dio un respingo.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Teniente, es usted bastante ingenuo en asuntos de mujeres. Pero yo soy un veterano... ¿Qué tal es ella?

John pensó que no arriesgaba nada. Tenía en sus manos a Palmer. Le haría sentir su poder cuando quisiese, y le ordenaría que se arrojase por el hueco del ascensor. Y Palmer obedecería, como habían

obedecido el doctor Reilly y la doctora Morris. Los recordó tratando de librarse de su poder, y habían sido como robots programados en su cerebro. El capitán Palmer también sería un robot.

—Le he preguntado qué tal es ella, teniente.

—La más hermosa.

—¿La más hermosa? Déjeme que adivine su nombre. ¿Sally, la secretaria de Carson?

—No, Palmer.

—¿La esposa de uno de nuestros compañeros, y por eso lo lleva en secreto?

—Es un idiota, Palmer. No se trata de una mujer de la base.

—Conque la ha traído de fuera.

—Sí.

—¿De dónde?

—Vino del pasado.

—¿Del qué?

—Tiene un millón de años.

—Teniente, ¿sabe lo que está diciendo?

—Le repito que ella tiene un millón de años.

—Entonces, debe ser una viejecita. ¿O debería decir mejor una momia? Ya tengo curiosidad por verla.

—No, capitán Palmer. No es viejecita. Tiene la misma apariencia que la doctora Morris.

—Demonios, pues la doctora Morris está un rato bien.

—Es una pobre chica, comparada con Selene.

—¿Selene? Bonito nombre… Quiero ver a ese fenómeno.

—No la verá.

—Vamos, teniente, no sea así. Todos tenemos derecho a ver esas cositas tan monas. Le prometo que no trataré de conquistarla. Usted la vio primero y respetaré su prioridad.

—Se va a morir sin verla.

—¿Por qué habla de morir cuando estamos discutiendo acerca de una hermosa mujer? Qué animalitos tan monos, ¿verdad, teniente? A mí cada día me tienen más embrujado...

—Es un tipo vulgar, capitán Palmer. Siempre lo ha sido. Usted representa todo lo indeseable...

—¿Tiene celos de mí, teniente Mayne?

—¿Cómo voy a tenerlos si la mujer que está a mi alcance es la más maravillosa que le haya podido ser concedida a un hombre? ¡Y yo soy ese hombre! ¡John Mayne!

—Teniente, voy a entrar en su dormitorio. Apártese.

—Apárteme si puede, capitán.

—¿Va a pelear conmigo?

—No.

—Le estoy dando una orden, teniente. Deje el paso libre.

—Yo no obedezco sus órdenes, capitán.

—Muy bien, teniente. Si usted lo quiere, le apartaré a puñetazos.

John esbozó una sonrisa y cruzó los brazos.

—Inténtelo, capitán.

Alex echó el puño hacia atrás para pegarle en la cara.

—Quietó, capitán —dijo Mayne—. Le ordeno que se esté quieto.

Palmer fue a tirar el puño hacia Mayne, pero no pudo mover aquel brazo.

Se quedó perplejo. Trató de mover otra vez el puño, pero no logró su objetivo.

John seguía sonriendo.

—¿Qué le pasa, capitán? ¿No dijo que iba a apartarme a puñetazos?

—Teniente, ¿cuál es su poder?

—Algo que nadie ha poseído. No, ningún ser humano fue tan

fuerte como yo.

—Teniente, quiero hablar con ella. Con Selene.

—¡No!

—No puedo creer lo que usted me dijo. Que tiene un millón de años.

Palmer dejó de mirar a los ojos de John. Entonces pudo bajar el brazo.

—Míreme, capitán.

—¡No!

Palmer saltó sobre John, embistiéndole con la cabeza.

Mayne lanzó un grito.

—¡Capitán! ¡Yo soy su amo!

—No vas a ser mi amo —dijo Alex y le descargó un puñetazo en la cara.

—Yo soy el que da las órdenes, capitán Palmer.

Alex retorció la muñeca de John y lo obligó a quedar de bruces, o le habría partido el hueso. De esa forma, Mayne no pudo mirarle a los ojos.

—Ahora soy yo el dueño de la situación, teniente.

—¡Le ordeno que me deje libre!

—Vuelvo a ser yo quien da las órdenes, teniente. Y usted es quien obedece.

—¡Selene!

—Entraré ahí, teniente. Y veré a Selene. A su maravillosa mujer de hace un millón de años.

—¡Ayúdame, Selene!

John lanzó un aullido.

Alex lo estaba tocando y sintió cómo el teniente se estremecía de la cabeza a los pies.

Y entonces, Mayne empezó a transformarse.

El capitán lo vio con sus propios ojos. Fue como vivir una pesadilla. John Mayne se estaba convirtiendo en un montón de algas. Sí, en un conjunto de largas y pegajosas algas.

Palmer apartose rápidamente de John y siguió viendo las algas que se removían como si tuviesen vida. Poco a poco aquel conglomerado de algas iba languideciendo.

Y por último, las algas quedaron quietas, como si hubiesen sido arrastradas hasta allí por una ola del mar.

Palmer se levantó y echó a andar hacia el dormitorio de John.

Abrió de un tirón.

Estaba preparado para ver a una maravillosa mujer.

Pero dentro no había nadie.

—Selene, sé que está usted ahí.

No recibió respuesta.

—Soy el capitán Palmer. Quiero hablar con usted.

Tampoco le contestaron.

—Escúcheme, Selene. Usted se apoderó de John Mayne. No sé lo que hizo con él para que ahora se transformase en lo que es. Quiero ser su amigo. Estoy en situación de discutir cualquier cosa con usted.

Le doy mi palabra de que conseguiré el apoyo del comandante de la base. ¿Me oye, Selene? Le estoy tendiendo una mano.

Esperó inútilmente.

Y entonces, Alex Palmer dio media vuelta y salió de la habitación.

Allá en el suelo, continuaban inmóviles, pegajosas, húmedas todavía, las algas.

CAPITULO XI

El comandante Carson había escuchado atentamente el relato del capitán.

—Palmer, si no supiese que es usted un hombre serio, pensaría que se ha vuelto loco.

—Si no me cree, ordene que me pongan una camisa de fuerza y enciérreme en una celda.

—Basta, Alex. No quiero ironías. La situación es demasiado grave, suponiendo que tenga razón.

—Le he contado la verdad.

—¿Cómo quiere que crea en la existencia de una mujer de un millón de años?

—¿Tiene alguna explicación para justificar la desaparición de la cota 1.302?

—No, capitán, pero tampoco la tienen nuestros científicos.

—¿Es que va a desechar la declaración del doctor Reilly?

El comandante paseó de un lado a otro de la habitación.

—Esto es demasiado fabuloso, Alex.

—Vivimos en una época fabulosa.

Carson se detuvo.

—Sé que es posible la hibernación, y que se están consiguiendo trabajos muy interesantes con respecto a la posibilidad de detener la vida.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Pero me cuesta trabajo admitir que hubo una civilización anterior a la nuestra.

—¿Por qué no? ¿Vamos a ser tan orgullosos y estúpidos? ¿No podemos admitir que hubo antes otros seres tan inteligente o más que los que ahora vivimos? ¿No cree que sería por nuestra parte un necio orgullo? ¿Por qué no pudo existir una civilización anterior?... Quizá

ellos avanzaron más que nosotros tecnológicamente y lograron perfeccionar la hibernación...

El comandante estuvo pensativo durante unos instantes. Luego se tironeó de una oreja. Palmer martilleó:

—Es posible que ocurriesen así las cosas. Esa civilización pudo encontrarse a punto de extinguirse... Y ellos contaban con medios para salvarse y proyectarse en el futuro. ¿De qué forma? Deteniendo su vida y volviendo a ella al cabo del tiempo.

—¿Un millón de años?

—¿Por qué no, comandante? Ellos no sabían lo que se iban a encontrar. Si volvían a la Tierra al cabo de cincuenta o cien mil años, podrían encontrarse con un ambiente hostil. Quisieron asegurarse bien de que, cuando volviesen a vivir, ellos serían otra vez los dueños. Y es lo que pretenden.

—¿Cuál es su poder?

—Sólo sabemos una cosa. Que se adueñan de la voluntad de los demás, de los seres que existimos hoy y que son capaces también de transmitir ese poder. El teniente Mayne es una prueba.

—Pero, ¿de qué forma transformaron a Mayne?

—No lo sé. Se convirtió en un montón de algas.

—Es asombroso, increíble.

—¿Qué fuimos nosotros en el principio de la vida? Salimos del mar, comandante... Antes que el mundo animal, existió el vegetal... Y las algas empezaron a tener vida. Hoy día constituyen la más grande reserva de alimentos de la Humanidad. Las algas contienen aquellos elementos que podían ser la clave de una combinación química capaz de producir un ser que respirase.

—Quizá tenga razón.

—Estoy convencido de que la tengo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Una de las características de esa mujer que tiene un millón de años, es su invisibilidad. Se puede trasladar de un lado a otro. Puede estar incluso aquí en estos momentos, escuchándonos.

El comandante quedó impresionado por aquellas palabras y miró a

un lado y a otro de la estancia, como si fuese a encontrar una prueba.

—Dice que se llama Selene, Palmer.

—Así la llamó el teniente Mayne.

—Selene —dijo el comandante, girando a su alrededor—. ¿Está ahí, Selene? ¿Me escucha?

No obtuvo respuesta.

—Selene, quiero hablar con usted. Contésteme.

—Ya lo intenté, comandante Carson —repuso Alex—. Y tampoco pude conseguir nada.

Carson se cogió la cabeza con las manos.

—Creo que todos nos estamos volviendo locos. Si el general Russel me oyese hablando al vacío, me haría saltar del cargo en un abrir y cerrar de ojos.

—El general Russel no sabe las cosas que nosotros sabemos.

—Capitán, debería hablar con la Casa Blanca.

—Hágalo.

—¿Cómo quiere que le diga al presidente lo que está pasando aquí? No será el general Russel quien me envíe al manicomio. Será el propio presidente.

—Sí, comandante. Podría ocurrir.

—¿Qué solución tenemos a nuestro alcance, capitán?

—El problema está en nuestras manos y nosotros debemos resolverlo.

—Es lo que le pregunté.

—Selene no nos ha escuchado. Por tanto, ha vuelto a aquel lugar. Iré en su busca.

—¿Usted?

—Sí.

—Se lo prohíbo, Palmer.

—Debo ir, comandante.

—¡No lo hará! Ya he perdido a dos hombres. Y eso me recuerda que sólo usted y yo lo sabemos. Y que no puedo decirle al doctor Barnier: «Oiga, doctor, haga la autopsia de esas algas. Es lo que queda del teniente Mayne».

—Yo tampoco se lo diría si estuviese en su lugar.

—Será mejor que mantengamos el secreto entre usted y yo.

—Puede contar conmigo, comandante.

—Mire, capitán Palmer. Los dos necesitamos descansar un rato. Mañana se nos ocurrirá alguna cosa.

* * *

Alex Palmer llamó en el apartamento de Helen Morris.

Ella le abrió.

Acababa de tomar una ducha y se cubría con un cortito albornoz que dejaba sus hermosas piernas al descubierto.

—¿Cómo está, doctora Morris?

—Un poco mejor. El agua me refrescó… ¿Cómo le fue con el teniente Mayne?

Alex entró en el *living* y cerró a sus espaldas.

—Prepárese para oír algo que le impresionará.

—Ya no me puede impresionar nada.

—El teniente Mayne se convirtió en un manojo de algas.

Helen lanzó un grito.

—¿Lo ve, Helen? Ya se impresionó.

—¿Es cierto lo que acaba de decir?

—Le juro que no le miento.

—Pero, ¿cómo pudo ocurrir?

Alex le contó su entrevista con el teniente Mayne.

Helen se sentó en el sofá.

Alex encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de la joven.

Helen inhaló el cigarrillo varias veces.

—Así que se trata de una mujer.

—Y por lo visto, ella es algo fuera de serie.

—No bromee con eso, capitán.

—¿Sabe que tiene unas piernas preciosas, doctora?

—¡Capitán!

—Debo olvidarme de Selene, del teniente Mayne. Y sobre todo de esa mujer de hace un millón de años. Siempre me han gustado más jovencitas.

Se sentó a su lado y le cogió una mano.

—Doctora Morris, le voy a dar una orden.

—Sigue portándose como un chiquillo.

—Cuidado, yo también tengo el poder que me transmitió Selene.

—¿Ah, sí?

—Y le voy a dar una orden que deberá cumplir sin un pestañeo.

—¿Y qué es esa orden?

—Echeme los brazos al cuello y béseme.

—Lo va a hacer su tía.

—¿No me encuentra simpático?

—Sí, la verdad es que resulta simpático, una vez se le conoce.

—¿No me encuentra varonil?

—Pienso que es usted varonil.

—Y no me negará que también soy guapo.

—Es también guapo, capitán Palmer.

—Entonces, ¿qué más quiere, doctora?

—A un hombre formal.

—¿A qué llama usted un hombre formal?

—A uno que se case.

Alex hizo una mueca de dolor.

—Ya rompió el encanto, doctora.

—Capitán Palmer, me salvó la vida.

—Celebro que lo recuerde. Todavía no me ha demostrado su agradecimiento.

—¿Y cómo quiere que se lo agradezca?

—Con un beso.

—¿Otra vez con la misma idea?

—Soy un tipo obsesionado, doctora. Vi sus labios y dije: «Debo besarlos».

—Ya los besó.

—Pero yo llevé la iniciativa. Y quiero que ahora sea usted la que me sujete con sus brazos.

—De acuerdo, capitán. Si eso es lo que desea, le voy a servir.

—¿De veras?

—Prepárese.

—Ya estoy preparado, doctora.

—Relájese.

—Ya estoy relajado. Listo para despegar.

Helen le echó los brazos al cuello con tanta violencia que Alex cayó en el sofá, pero Helen lo siguió en su caída.

Al fin Helen dejó libre a Alex y éste respiró entrecortadamente.

—¡Doctora Morris!

—¿Satisfecho con mi beso de agradecimiento?

—Doctora, ¿de dónde sacó ese impulso?

—No sé a qué se refiere.

—¿Que no lo sabe? Por un momento he creído que tenía sobre mi cuello dos serpientes de cascabel.

Alex se pasó un dedo por el cuello.

—Doctora, los resultados de su experimento fueron absolutamente negativos. ¡Quiero que me sirva otro!

—Se acabó la ración por esta noche. ¡Y ahora, fuera!

—¿¡Me va a echar?

—¡Claro que lo voy a echar!

—Doctora Morris, usted no puede alejarme de su lado.

—¿Por qué cree que no?

—Debemos hablar del plan que pondremos en marcha para acabar con Selene, o cualquier otro ser de esa civilización de hace un millón de años.

—Me temo que ni usted ni yo podemos hacer nada.

—Entonces, hablaremos de nosotros. ¿No lo recuerda? Me iba a contar la historia de su niñez.

—Nunca le dije que le fuese a contar la historia de mi niñez, capitán Palmer. Se va a ir ahora mismo, o cojo el teléfono y mando venir a una pareja del servicio de seguridad.

Alex se levantó.

—Esto me servirá de lección. Salvo a una mujer de la muerte. ¿Y qué es lo que hace ella? Simplemente, me da un beso y me hace salir de su apartamento. ¡Hasta mañana, doctora desagradecida!

Alex salió del apartamento.

Al quedar a solas, Helen exhaló el aire de sus pulmones y exclamó:

—¡Caracoles, Helen!… ¡Otra vez a la ducha!

CAPITULO XII

Helen Morris no podía conciliar el sueño.

Tampoco la segunda ducha había servido para algo.

Aquel hombre, Alex Palmer, seguía en su pensamiento.

—Helen, ¿cómo puedes pensar en Alex Palmer? —dijo en voz alta.

Y alguien le contestó:

—Es la mar de sencillo. Te has enamorado de él.

Helen dio un salto en la cama.

Estaba a oscuras. No acertó a encontrar el conmutador.

—¿Quién hay ahí?

—Yo, querida.

Era una voz femenina. La había distinguido claramente.

—¿Quién es usted?

—Selene.

—¿Por qué no se deja ver?

—Me puede ver usted.

—No, no puedo.

—Porque la habitación está a oscuras. Pero en cuanto encienda, me verá.

Helen buscó nerviosamente el conmutador. Por fin dio con él y encendió.

Lanzó un grito de pánico.

Allí estaba ella.

Según las noticias indirectas que le habían llegado del capitán Palmer. Selene era una mujer muy hermosa. Y podía comprobar que era mucho más hermosa de lo que pudo imaginar. No había ninguna mujer tan perfecta en la Tierra.

Y Selene, como si se diese cuenta de tales pensamientos, levantó la barbilla y sonrió.

—Me encuentras adorable, ¿verdad, Helen?

—Es usted muy atractiva.

—Los hombres se vuelven locos por acariciar mi piel.

—¿A qué hombres se refiere? ¿A los de su época?

—A los de todas las épocas. A los de antes y a los de después.

—Se equivoca. Si se refiere al teniente Mayne, él no sintió deseos de acariciarla, Selene. Usted lo hipnotizó. Usted se apoderó de su voluntad. Usted le obligó a que la adorase. Y un hombre que es obligado a hacer eso, no es libre. No puede jactarse de que haya enamorado a ningún hombre de mi época.

—Hace un momento te decía que estabas enamorada de Alex Palmer.

—Es un asunto que no le importa a usted.

—Todo lo que pasa en esta base me importa, Helen.

—Usted hipnotizó a Mayne. Pero nunca podría hacerlo conmigo.

—¿Crees que no?

—La hipnosis, sólo es posible con personas de voluntad débil. Yo he hipnotizado también, Selene.

La hermosa Selene se echó a reír.

—Querida, eres audaz al decir tal cosa. Yo puedo apoderarme de tu voluntad y convertirte en una perrita. Y harías cuanto yo quisiese que hicieses.

—Selene has causado la muerte de dos personas de esta base.

—Mataré a los demás.

—De eso se trata. De que no sigas matando.

—No me es posible detenerme.

—¿Por qué? ¿Por qué haces eso?

—He vuelto de un pasado de un millón de años.

—¿Cuántos seres hay contigo?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Estoy yo sola. Pero todo fue programado para que el poder alcanzado por nuestra civilización estuviese en mis manos.

—Tú eres una mujer, Selene, y si no hay ningún hombre contigo, morirás sin procrear.

—Helen, tú eres una científica. Nosotros conseguimos los mayores avances en todos los campos, incluido el de la creación de seres. Yo puedo procrear, gracias a los tubos de ensayo. Te dije que todo estaba programado y ya han empezado a trabajar las incubadoras en uno de los laboratorios. Más de cien seres han empezado a nacer.

—¿En qué mundo más espantoso vivías, Selene?

—Un mundo que había logrado cosas que vosotros buscáis. Pero nunca las vais a encontrar, porque acabaremos con todos vosotros.

—Escucha, Selene. No hace falta que nos hagamos la guerra. Nuestros jefes comprenderán tu situación y la de los seres que pretendes procrear. Podréis llegar a un acuerdo. Habrá una coexistencia pacifica.

—No, no queremos la coexistencia pacífica.

—¿Por qué?

—Seremos los únicos seres sobre la Tierra. Vosotros habéis sido unos usurpadores.

—No, no hemos sido usurpadores. Nuestros antepasados nacieron aquí.

—Nosotros estábamos en la Tierra antes que ellos. Un maldito planeta nos declaró la guerra. Un planeta que estaba entonces en su apogeo… Ellos habían conseguido una civilización superior a la nuestra y quisieron destruirnos.

—¿A qué planeta te refieres?

—A Marte.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Los marcianos quisieron convertirnos en esclavos. Íbamos a ser sus conejillos de indias. Se proponían hacer experimentos con nosotros. Nos rebelamos contra ese destino. Y ellos iniciaron una guerra termonuclear. Poseían cohetes que nos mandaban desde Marte y nosotros no podíamos defendernos. Yo era la reina porque en aquellos tiempos la Tierra era toda mía. Nuestro consejo de sabios determinó que la vida no nos sería posible en la Tierra cuando acabase el bombardeo a que Marte nos tenía sometidos. Había una solución. Sólo una persona podría salvarse, ya que contábamos, única y exclusivamente, con una cámara capaz de congelar la vida. Yo era la reina y a mí me correspondió ocupar ese lugar. El plan fue preparado meticulosamente mientras los cohetes termonucleares marcianos iban matando a millones de seres. Los tubos que contenían la vida de los futuros seres como yo, fueron colocados en la cámara. Teníamos también bombas termonucleares, pero nuestros cohetes no tenían alcance suficiente para llegar a Marte. Fuimos víctimas de los marcianos. Pero yo no morí. Yo viví para resucitar al cabo de un millón de años. Los programadores realizaron su trabajo a la perfección. Nuestro artefacto hizo explosión y todo el plan se puso en marcha, y yo volví a la vida. Ya soy la reina otra vez.

—La reina de nada.

—La reina de la Tierra, doctora Morris. Tengo un poder que vosotros no tenéis. Puedo someteros a mi voluntad. A ti y a todos los tuyos.

—Somos miles de millones de seres humanos.

—Sois miles de millones de insignificantes hormigas.

—No digas eso, Selene. No debes decirlo. Tú puedes significar mucho para nosotros.

—Significaré tanto que os destruiré.

—¿Por qué destruir? El mundo ya está poblado. ¿Te das cuenta de lo que hemos sufrido a través de siglos para lograr lo que tenemos hoy? ¿No te importa cuál haya podido ser nuestra historia en el planeta? Hemos padecido frío, hambre y enfermedades, ha habido guerras entre nosotros. Pero todo ha quedado atrás. Una nueva era está empezando.

—La nueva era de Selene.

—¿Es posible que únicamente tengas en cuenta tu ambición?

—Si tú tuvieses mi poder, serías como yo.

—No, no lo creo.

—Mírame bien, Helen. Soy hermosa. Tú también lo eres. Pero no puedes conseguir que todos los hombres te adoren.

—Yo sólo quiero a uno que me ame.

—¿El capitán Palmer, quizá?

—Es posible.

—Te has enamorado de él.

—Sí.

—Quisieras que te abrazase y te besase.

—Sí.

—Y también a ti te gustaría estar en sus brazos.

—Ahora preferiría su compañía a la tuya, Selene.

—Te voy a demostrar cuál es mi poder. Matarás al hombre que amas.

—No.

—Yo te lo voy a ordenar, Helen. Y tú no podrás resistirte.

—¡No me obligarás a eso!

—Te demostraré las cosas que yo puedo hacer. Desapareceré y volveré a aparecer.

—Hazlo. Debe ser muy emocionante.

Selene siguió sonriendo. De pronto, su cuerpo comenzó a resplandecer.

Poco a poco se fue difuminando hasta que desapareció.

—Sé que estás ahí, Selene. No te has ido.

—Sí, estoy aquí, querida.

—Sé cómo lo haces, Selene. Vosotros conseguisteis lo que nosotros estamos experimentando todavía. La antimateria.

—Eres muy lista.

—Y también sé el camino que conduce a la antimateria. Los campos electromagnéticos.

—Si sabes tanto, ¿por qué no lo conseguiste tú?

—Se puede construir una teoría, pero cuesta muchos años, a veces centenares, encontrar el camino para demostrar esa teoría.

Se produjo una radiación.

Selene apareció.

—Lo acertaste, Helen. Logramos crear la antimateria. Eso nos permite, gracias a los campos electromagnéticos, trasladarnos de un lugar a otro. Y también es el magnetismo el poder que usamos para apoderarnos de la voluntad de nuestros semejantes. Y ahora te ha tocado a ti.

—Selene, por última vez, la Tierra puede seguir siendo un lugar bueno para vivir. Hemos de poner nuestra voluntad para conseguir la paz y el bienestar de todos.

—Me aburren tus discursos. Te ordeno que mates a Alex Palmer, Helen.

—¡No!

—Irás al apartamento del capitán.

—¡No! ¡No iré!

—El está durmiendo ahora. Lo puedo ver en su lecho. Y sueña contigo, querida. Te lo aseguro. Sueña que estáis en un campo de fresca hierba y él te abraza y te besa. Es un hermoso sueño… Tú lo matarás mientras él piensa que te estrecha entre sus brazos.

—¡No, no quiero!

Helen saltó de la cama.

—Te mataré a ti, Selene.

La hermosa mujer que venía del pasado lanzó una carcajada.

Helen abrió un cajón de la mesilla de noche y sacó una pistola.

—¡Te mataré, Selene!

—Inténtalo.

Helen levantó la pistola. Puso el dedo en el gatillo. Trató de disparar, pero una fuerza misteriosa se lo impidió.

Selene seguía sonriendo.

—¿Qué te pasa, querida? ¿Por qué no disparas?

—¡No puedo!

—No puedes porque te estoy transmitiendo mentalmente la orden de que no lo hagas. Pero ya tienes la pistola, el arma con que matarás al capitán Palmer.

—¡No!

—Saldrás de aquí inmediatamente. Irás al apartamento de Palmer. Yo misma te facilitaré la entrada, querida. Y una vez en el dormitorio de Alex Palmer, dispararás una y otra vez sobre tu amado capitán.

—¡Por favor, no me mandes eso!

—Echa a andar.

Helen trató de luchar contra el poder que se había apoderado de ella. Pero no lo consiguió.

—Te olvidarás de todo, Helen —dijo Selene—. El único fin que debes cumplir es el que yo te ordeno. Matarás a Alex Palmer.

Helen ya estaba muy seria, los ojos fijos en Selene. Movió la cabeza lentamente, en sentido afirmativo, y dijo:

—Mataré al capitán Palmer.

CAPITULO XIII

Selene abrió la puerta del apartamento de Alex Palmer, tal como había anunciado.

Helen pasó por el lado de Selene como una sonámbula.

Cruzó el *living* y abrió con suavidad la puerta del dormitorio.

En el lecho descansaba Alex Palmer.

Helen avanzó con la pistola en la mano. Apuntó al durmiente.

Y, de pronto. Palmer saltó como un rayo y atrapó el brazo armado de Helen.

—¡Helen! ¿Qué vas a hacer?

—¡Te mataré!

—¿Cómo puedes matar a un hombre que hace un momento estaba soñando contigo?

Abrazó a la joven impidiéndole que levantase la pistola.

La besó en los labios, en las mejillas, en los ojos.

—Despierta, Helen. Vuelve en ti.

La joven reaccionó.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—En mi cuarto.

—¡Cielos, estoy en camisón!

—Sí, y te aseguro que el modelito me gusta.

—¡Suéltame, Alex!

—¿Ahora quieres que te suelte? Sigues con la pistola en la mano.

Helen arrojó el arma lejos de sí.

—¿Cómo he podido llegar aquí con una pistola?

—Y si no me hubiese despertado un minuto antes de que entrases en la habitación, estaría convertido en un pingajo.

—Oh, no.

—Cariño, me temo que recibiste una visita inesperada.

—No sé a qué visita te refieres.

—¿No fue Selene?

—No me visitó nadie.

—Entiendo, ella borró su imagen de tu memoria.

Helen se apretó las sienes.

—Esto es absurdo.

—No, pequeña. No hay nada absurdo. Todo está en orden.

—¿Tú crees?

—Helen, estás todavía bajo la influencia de la voluntad de Selene. Pero si lograses desprenderte de ella, te acordarías.

—¿Y qué debo hacer?

—Probaremos un remedio.

Alex la volvió a besar. Y fue un beso que duró mucho.

—Helen, ¿recuerdas algo?

—¡Selene llegó a mi cuarto!

—¿Qué más?

—Ya no recuerdo más.

—Te daré otra dosis de la misma medicina.

Y la volvió a besar.

Cuando terminó aquel beso. Helen dijo:

—Selene procreará… En tubos de ensayo. Todo fue programado. Lograron dominar la antimateria. Y lo hacen por medio de campos electromagnéticos.

—Vas demasiado aprisa, dulzura. Por lo visto, me pasé en la dosis.

—No bromees, Alex. Estamos en peligro. Selene es la reina de una civilización que existió hace un millón de años. Y quiere acabar con

todos los seres humanos. Traté de convencerla, pero no lo conseguí.

—Habrá una solución.

—No, no la hay.

—Tiene que haberla, Helen. Y somos nosotros los que hemos de salvar al mundo.

De pronto, se oyó una voz.

—Usted no va a salvar nada, capitán Palmer.

Alex miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Helen gritó:

—¡Es Selene!

—Ya sé que es Selene —rezongó Alex.

Se oyó otra vez la voz:

—Capitán Palmer, usted será el primero en morir. Y después morirán los demás.

—Oiga, ¿por qué no cambiamos el turno? Mate primero a los demás y déjenos para el final a Helen y a mí.

—He de acabar con todas las personas que existen en esta base.

—Selene, somos gente simpática y agradable. Si confraternizara un poco con nosotros, se daría cuenta de que aquí los hombres tratamos muy bien a las mujeres. El teniente Mayne me dijo que es muy hermosa.

—Lo soy.

—Me gustaría verla para compararla con Helen.

—No hace falta que me vea.

—No creo que sea mucho más hermosa que Helen.

—Lo soy.

—Tonterías.

—Se va a convencer.

—Adelante. Hágame una pequeña demostración de sus

habilidades.

Junto a la puerta del dormitorio se produjo un resplandor y vibró el aire.

El cuerpo de Selene emitió radiaciones al aparecer ante los ojos de Alex y de Helen.

—¿Qué dice ahora, capitán?

Palmer la miró de pies a cabeza.

—Sí, es usted hermosa.

—¿No lo soy más que Helen?

—No.

—¿Está ciego, capitán?

—No, no lo estoy.

—Entonces, convendrá que mi físico es muy superior al de Helen.

—No se trata sólo del físico, Selene. Hay una belleza oculta.

—¿De qué tontería está hablando?

—¿No llegaron a hacer ese descubrimiento en su civilización?

—¿A qué descubrimiento se refiere?

—Se lo explicaré con mucho gusto. Hay una belleza que está a la vista, al alcance de nuestros ojos. Pero existe otra belleza que está oculta. En nuestro mundo la hemos llamado de varias formas. Hemos hablado del alma, del corazón, del espíritu.

Quería distraerla.

—Selene, le ofrezco la paz.

—No.

—En la Tierra hay una oportunidad para todos sus habitantes. ¿Se da cuenta de que no importa que ustedes llegasen antes? Con usted se extinguió prácticamente la vida. Y otra vez empezó el ciclo. La vida salió del mar. Nosotros podríamos ser destruidos. Y habría de nuevo vida, quizá dentro de otro millón de años. El tiempo no cuenta. Un millón de años es como un minuto.

—¡Todos morirán! ¡Sólo mis descendientes serán dueños de la Tierra!

Alex saltó sobre ella y logró atraparla.

Los dos cayeron en el suelo.

Selene gritaba:

—¡Maldito! ¡Acabaré con usted!

—¡No quiero hacerle daño, Selene!

—¡Le ordeno que mate a Helen!

—No mataré a nadie.

—Y luego se levantará la tapa de los sesos.

Alex miró a los ojos de Selene y sintió un poder terrible que se apoderaba de él.

—¡Matará a Helen, capitán!

—Sí.

—Y luego se matará a sí mismo.

—Sí.

Sonó un estampido.

Helen había disparado contra la cabeza de Selene.

La mujer que tenía más de un millón de años lanzó un alarido.

Instantáneamente, Alex pareció recuperarse.

—¿Qué pasó, Helen?

—He disparado sobre ella. Le he metido una bala en la cabeza. ¡Mírala, Alex!

Algo horrible estaba pasando con Selene. La que antes había sido una hermosa mujer se transformaba en un conglomerado de algas. Sus brazos se hacían más largos, su hermoso busto se reblandecía, toda ella se convertía en algo pegajoso y húmedo, de un color verde.

Helen se echó en brazos de Alex:

—¡Yo la he matado!

—Tenías que hacerlo. Intentamos convencerla, pero resultó inútil.

De pronto, sobrevino una explosión lejana.

—¿Qué es eso, Alex?

—Salgamos de aquí y vayamos a la sala de control.

En el suelo sólo quedaban ya unos trozos de algas.

Helen y Alex abandonaron el apartamento.

Cuando llegaron a la sala de control, ya estaba allí el comandante Carson. El sargento Holmes manipulaba unos botones.

Otros dos hombres trataban de localizar la explosión.

Carson les daba prisa.

—Vamos, muchachos... Ah, hola, capitán. ¿Qué tal, doctora?

—Hemos acabado con Selene —repuso Alex.

—¿Cómo dice?

—Con la mujer de hace un millón de años. Helen la mató. Se convirtió en un montón de algas.

Carson quedó con la boca abierta.

—Están pasando muchas cosas fantásticas en esta base, capitán Palmer.

—Atención —dijo el sargento Holmes—, el satélite 4 está mandando imágenes del lugar de la explosión. ¡Ha sido justamente en la cota 1.302!

En la pantalla se veían masas de humo.

—Alex —dijo Helen—, ¿qué significa eso?

—Creo que conozco la respuesta. Selene estaba programada con todo lo que había en la cota 1.302. Al desaparecer ella, el mundo del que venía ha saltado también por los aires. Ya no habrá más seres que quieran acabar con nosotros.

* * *

Helen estaba en su consulta.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Era el capitán Palmer.

—Buenos días, doctora.

Ella, muy ceremoniosa, dijo:

—¿Quiere tenderse en el sofá?

—¿Es necesario?

—Lo es, capitán Palmer. Tengo que someterlo a examen.

—Como usted quiera.

Alex se tendió en el sofá.

La joven, que se había puesto gafas, cogió un cuaderno de notas y un lápiz y se sentó al lado de Alex.

—¿Quiere cerrar los ojos, capitán?

—Ojos cerrados.

—Dígame, capitán, ¿cuál es su ideal como mujer?

—Una mujer de veintisiete años, morena, de ojos negros...

—Debe haber encontrado muchas de tales características.

—Seguro, doctora. Las he tenido por docenas.

—¿Y cómo sabrá entonces con cuál de ellas desea casarse?

—Es la mar de sencillo. Yo me casaría con aquella morena de veintisiete años, de ojos negros, que tuviese dos brazos que pareciesen serpientes de cascabel y que fuese capaz de darme un beso voraz.

Helen se quitó las gafas, arrojó el cuaderno de notas y el lápiz sobre la mesa, e inclinándose sobre Alex Palmer, empezó a besarlo.

F I N